

FRONTERAS POROSAS, DESTINOS COMPARTIDOS: notas sobre los vínculos históricos entre Puerto Rico y La Española/Santo Domingo desde la época precolonial hasta la consolidación del control colonial español, ca. 1550

POROUS BORDERS, SHARED DESTINATIONS: Notes on the Historical Links between Puerto Rico and Hispaniola / Santo Domingo from Pre-colonial Times to the Consolidation of Spanish Colonial Control, ca. 1550

Jorge L. Chinea
(WAYNE STATE UNIVERSITY, USA)

Resumen

Como resultado de una serie de circunstancias interrelacionadas, varias islas del Caribe comparten un espacio antillano común y están ubicadas geográficamente no muy lejos unas de otras, dos hechos que se pueden constatar fácilmente al examinar la mayoría de los mapas de la región. Sin embargo, con pocas excepciones, a menudo perdemos de vista estos puntos de convergencia y extrelazamientos y terminamos viendo las Antillas como un área compuesta exclusivamente de territorios insulares desconectados. Una exploración panorámica de las experiencias precoloniales y coloniales de la República Dominicana y Puerto Rico revela cómo cada territorio ha adquirido sus características culturales, sociales, económicas y políticas únicas, al tiempo que brinda la oportunidad de obtener una apreciación más profunda de los elementos que los han vinculado históricamente. Este ensayo es un esfuerzo por destacar algunos de los factores que posibilitaron dichos contactos, que datan de la era prehispánica y continuaron, en diversas formas y grados, durante la imposición del control imperial europeo en el Caribe que comenzó a finales del siglo XV.

Palabras claves: Amerindios, Caribe hispano, fronteras, periodo precolonial, conquista y colonización española, contactos intraisleños, migración transcaribeña

Abstract

As a result of a series of interrelated circumstances, several Caribbean islands share a common Antillean space and are geographically located not far from each other; two facts that can be easily ascertained when one peers over most maps of the region. However, with few exceptions, we often lose sight of these points of convergence and interconnectedness and end up viewing the region as an area made up exclusively of separate insular territories. A cursory exploration of the precolonial and colonial experiences of the Dominican Republic and Puerto Rico reveals how each territory has acquired its unique cultural, social, economic and political characteristics, while also allowing an opportunity to gain a deeper appreciation of those elements that have linked them historically. This essay is an effort to highlight some of the factors that drove such interactions, which date from the prehispanic era and continued, in various forms and degrees, during the imposition of European imperial control of the Caribbean that began at the end of the XV century.

Keywords: Amerindians, Hispanic Caribbean, frontiers, precolonial era, Spanish conquest and colonization, interisland contacts, trans-Caribbean migration

A finales de la década de 1980 un rotativo puertorriqueño dio a conocer una propuesta titulada “De indios a indocumentados” cuya finalidad era “investigar a fondo la historia completa de las relaciones intermigratorias entre la República Dominicana y Puerto Rico”.¹ Seis especialistas adscritos a la Universidad de Puerto Rico y la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra de la República Dominicana, respectivamente, desempeñarían la labor investigativa. Los doctores Carmelo Rosario Natal y Danilo de los Santos se harían cargo de la parte dedicada a los nexos migratorios entre ambos países “desde los tiempos de las culturas indígenas hasta el fin del trujillato”. El objetivo principal que animó el proyecto fue el “de poner en perspectiva el grave problema social y humano que se asocia con [la frase] ‘los indocumentados dominicanos’” para así “aportar significativamente al debate público y académico sobre el escabroso asunto, de modo que las decisiones de política pública que se tomen consideren el panorama histórico debidamente documentado” (Rosario Natal, 1989).

Rosario Natal difundió los resultados obtenidos en dos ensayos publicados en 1990 y 1995. El primero enfatiza, en líneas generales, los enlaces creados durante las primeras etapas de la colonización española de Puerto Rico. El segundo cubre aquellos que fueron establecidos a consecuencia de la repercusión de la Revolución Haitiana. Dentro de este último periodo, el autor resalta los esfuerzos españoles para recuperar el control de La Española y la reubicación de centenares de franceses y dominicanos en Puerto Rico hasta 1850. Si bien los hallazgos no agotan el tema, representan el primer

1 Como es bien sabido, a finales del siglo XV los españoles renombraron la isla que hoy incluye los países de Haití y la República Dominicana como La Española. A partir del tratado de Ryswick, la parte occidental que constituye aproximadamente un tercio de la isla pasó a conocerse como Saint Domingue (Santo Domingo francés) y el resto como la colonia española de Santo Domingo. Con respecto a la controversia en torno a cómo se conocía el territorio insular antes de la ocupación europea (Haití, Bohío o Quisqueya), consúltese a Balcácer, 1980; San Miguel, 2008; y Lister, 2019, pp. 440-442. Aquí intentaremos utilizar la designación que más se ajuste al periodo histórico en discusión.

esfuerzo concertado sobre un asunto muy relevante, complejo e insuficientemente explorado. Hasta ahora, nuestros intentos de localizar el informe final del proyecto, que posiblemente podría ofrecer información adicional de los resultados cosechados, han sido infructuosos. En síntesis, el autor concluye que las dos antiguas colonias españolas sostuvieron un vasto abanico de contactos institucionales y extraoficiales, que incluyeron la circulación o migración de innumerables personas que se desplazaron entre las islas en distintos momentos y por distintas circunstancias. Su trabajo confirma una vez más el patrón de contactos transcaribeños que se constituyó en una de las particularidades del archipiélago, como ya lo había sugerido el historiador Arturo Morales Carrión en su texto clásico *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean: A Study in the Decline of Spanish Exclusivism* (1974).

Morales Carrión documentó nexos importantes entre Puerto Rico y los territorios caribeños bajo el dominio colonial de Inglaterra, Dinamarca, Holanda y Francia hasta finales del siglo XVIII (pp. xi; 67-67; 81). Esta labor pionera contribuyó a refutar la tesis insularista que el ensayista Antonio S. Pedreira había afirmado como la característica distintiva del desenvolvimiento histórico de Puerto Rico (1992, pp. 48-49 y 57). Por otro lado, su trabajo ayudó a sentar los cimientos para el posterior surgimiento de los estudios caribeños en Puerto Rico, en los que se destaca el tema de la inmigración desde las reformas borbónicas hasta finales del siglo XIX. Una serie de publicaciones que aparecieron a partir de la década de 1960 reveló la importancia del Gran Caribe como una fuente importante de capital, conexiones mercantiles, personal profesional/técnico y fuerza trabajadora que estimuló el desarrollo de la agricultura comercial en Puerto Rico a partir del último tercio del siglo XVIII. Varios miles de inmigrantes provenientes de las Indias Occidentales, así como refugiados venezolanos y del Santo Domingo francés y español contribuyeron con una porción considerable de esos recursos (Cifre de Loubriel, 1960 y 1962; Caro de Delgado, 1963; Marazzi, 1974; Morales Carrión, 1976; Ramos Mattei, 1981; Acosta, 1985; Morales, 1986; Luque de Sánchez, 1987-1988 y 1988-1989; León Borja de Zsászdi, 1992; y Rosario Rivera, 1992 y 1995).

Un número creciente de investigaciones han documentado varios aspectos adicionales de las interacciones entre La Española/Santo Domingo y Puerto Rico, muchos de los cuales se ocupan de acontecimientos de finales del siglo XVIII en adelante (Emigración dominicana 1809; Morales Carrión, 1976; *Documentos de la migración*, 1977; Morales, 1986; Oquendo Rodríguez, 1986; Pérez Memén, 1989; Ramos Mattei, 1990; Camuñas Madera, 1990; García Carrasco, 2001; Rosario Natal, 2001; Gembero Ustárroz, 2002; Alegría, 2003; Hernández y Guerrero, 2004; Peña Pereyra de Martínez, 2004; García Muñiz, 2005 y 2010; Díaz Díaz, 2008; Picó, 2012 y 2013; Castro y Félix Lafontaine, 2014; Wright, 2014 y 2016; Robiou Lamarche, 2016; y Puello Díaz, 2019). Existen, además, referencias dispersas sobre las fugas de africanos y otros fugitivos de Puerto Rico a Santo Domingo durante los períodos de ocupación francesa y haitiana (*El proceso abolicionista*, 1974, pp. 132-136; Baralt, 1981, pp. 159-160; Nistal Moret, 1984, pp. 58, 213 y 219-221; Alegría, 2003; Picó, 2012 y 2013, p. 260; Chinaea, 2014, pp. 120 y 158).

Cuando tenemos en cuenta la corta distancia entre la República Dominicana y Puerto Rico, sus trasfondos prehispánicos y relaciones coloniales con la antigua

metrópolis ibérica, es fácil comprender por qué tenían tanto en común. Además, forman parte del Caribe hispano o las Antillas españolas, dos denominaciones que evocan la continuidad de ciertos rasgos lingüísticos, culturales, políticos, históricos y demográficos compartidos, que también se extienden a Cuba (Freire, 1975; Fernández Soriano, 1987; Mustelier Ayala, 2007).² A mediados del siglo XIX, Alejandro Tapia y Rivera señaló que cuando seleccionó los pasajes de la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo, *La natural y general historia de las Indias*, para ser incluidos en su *Biblioteca histórica de Puerto Rico* eligió “no sólo el libro 16 que se refiere a la conquista de Puerto Rico, sino también todos aquellos capítulos en que el autor trata del carácter, costumbres, religión y naturaleza de [L]a Española, por ser en un todo idéntica, según su sentir, a Puerto Rico” (1854, p. 10).³ Casi un siglo después, Miguel Ángel Fornerín sacó a la luz el libro titulado, *Puerto Rico y Santo Domingo también son* (1999), obra que según el hispanista Ramón Luis Acevedo destaca “las relaciones, las correspondencias y las coincidencias entre las literaturas de Puerto Rico y la República Dominicana, dos naciones hermanadas por la geografía, la cultura y la historia” (ver contratapa del libro). El hecho de que las banderas adoptadas para Puerto Rico durante la atmósfera revolucionaria del Grito de Lares (1868) y la Guerra de Independencia Cubana (1895-1898) están modeladas en las de la República Dominicana y Cuba, respectivamente, nos permite apreciar cuán entrelazados estaban los tres territorios en coyunturas particulares de sus trayectorias históricas.

Este trabajo reexamina, a grandes rasgos, las interacciones entre Puerto Rico y La Española/Santo Domingo desde la era precolonial de ambos territorios hasta mediados del siglo XVI.⁴ Con ese propósito en mente, escudriñamos una variedad de fuentes de información de carácter multidisciplinario, tanto antiguas como nuevas, primarias como secundarias, que arrojan luz adicional sobre este tema poco estudiado. Más que un examen sistemático del tema en cuestión, este trabajo pretende ser un informe preliminar de los hallazgos de un estudio en curso sobre los vínculos entre ambos territorios insulares durante un período de tiempo más amplio.⁵ Como se deduce de la somera descripción del proyecto “De indios a indocumentados”, la separación geográfica – en este caso, el Canal o Pasaje de la Mona – tiende a oscurecer una extensa serie de intercambios socioculturales, económicos y políticos que se han

2 En 1893, al calor de la agitación política que atravesaban Cuba y Puerto Rico, la poetisa sangermeña Lola Rodríguez de Tío declaró que ambas islas “son de un pájaro las dos alas” (1893, p. 5); para un resumen histórico de ambas islas que enfatiza sus diferencias, ver Bergad (1988).

3 Cuando Fernández de Oviedo menciona La Española en múltiples ocasiones, aclara que está haciendo referencia a Haití, como él entendía que era su nombre indígena (en Tapia y Rivera, 1854, p. 9 y capítulo 1, p. 13). Lo mismo hace el clérigo novohispano José Servando de Mier en su discurso preliminar a la edición de 1821 de la Breve relación de Fray Bartolomé de las Casas, al mencionar la llegada de Nicolás de Ovando in 1502, “que venía proveído para gobernador de la isla de Haití, que entonces se llamaba la isla Española, y después Santo Domingo por haberla descubierto Colón el día de este santo” (Casas, 1821, p. iii).

4 Por la alocución precolonial nos referimos a la era histórica que suele conocerse como prehispánica o precolombina.

5 Deseo agradecer al Instituto de Estudios Dominicanos, de la City University de Nueva York, por el apoyo financiero que ayudó a subvencionar este proyecto; al Dr. Dennis Hidalgo y a su familia por su hospitalidad durante un viaje de investigación a los archivos y bibliotecas especializadas de Puerto Rico; a Jazmín Castillo Ramos, bibliotecaria auxiliar del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe (en San Juan, P.R.), quien con su acostumbrado profesionalismo y puntualidad me facilitó citas y copias de importantes artículos y libros académicos; al Dr. Roberto Cassá, director del Archivo General de la Nación de la República Dominicana, por invitarme a compartir algunos de mis hallazgos preliminares en dicha institución en marzo de 2018; un agradecimiento especial al Dr. Raymundo González, quien me acogió calurosamente durante esa estadía; así como al Dr. Víctor Figueroa, quien ofreció valiosas sugerencias para mejorar el texto. Finalmente, doy las gracias a Wayne State University por haberme aprobado una licencia administrativa oportuna en el año académico en curso que me ha permitido completar este trabajo.

dado entre ambos países. Al poner dichas reciprocidades al descubierto, especialmente las fuerzas que las alentaron, su alcance y su impacto, pretendemos poner de relieve la importancia de las relaciones interislañas como base referencial por medio de la cual se pueda estimular la construcción de nuevas narrativas que vayan más allá del enfoque nacional o insularista dominante de las historias caribeñas (De Barros, Diptee and Trotman, 2006, p. 242).⁶

Eurocentrismo y etnocentrismo en el relato histórico caribeño

La circulación y migración interislaña y otras modalidades de contactos afines entre Puerto Rico y La Española/Santo Domingo precedieron al llamado choque-encuentro desatado por el “descubrimiento” del Nuevo Mundo. Su origen se remonta a las redes sociales, económicas y políticas cambiantes y los patrones de movilidad transterritorial que se sucedieron a lo largo de la era precolonial de las islas y las regiones costeras contiguas de Tierra Firme. Con contadas excepciones las narrativas históricas tradicionales – que incluye obras que se basan en una lectura acrítica de la documentación colonial, así como aquellas que descartan o desestiman la importancia de los acontecimientos anteriores a 1492 (el llamado periodo “prehistórico”) – no les han prestado suficiente atención a dichos antecedentes. Esa omisión obedece, en parte, a la noción eurocéntrica que atribuye a la colonización española del Nuevo Mundo el punto de arranque de la historia del Caribe. En este sentido, el siguiente extracto tomado de un libro que pretende contar una incidencia ocurrida durante la expedición naval que partió de La Española para someter a Borinquen al control imperial de la Corona española parece seguir esa línea de razonamiento. Tras señalar que una tormenta azotó los buques que transportaban al contingente comandado por el conquistador Juan Ponce de León, su autor concluye: “De modo, pues, que nuestra historia comienza con 50 hombres y un huracán” (Arana-Soto, 1968, p. 23). ¿Se esta refiriendo a la historia de Puerto Rico en su totalidad o una versión truncada que principia con la llegada de los europeos? ¿Como debemos interpretar esta otra afirmación sobre la migración antillana del reconocido politólogo galés, Gordon K. Lewis: “La migración – considerada como el movimiento circulatorio vasto, inquieto de pueblos enteros – tiene su raíz, históricamente, en el periodo inmediato tras el Descubrimiento” (citado en Palmer, 1990, p. xiii). Declaraciones como esa, que posiblemente intentaba resaltar el impacto demográfico que tuvo la expansión europea en el Caribe, también dan la impresión equivocada de que los pueblos indígenas de la cuenca caribeña, e incluso los que estaban asentados en el archipiélago, estaban irremediabilmente varados o inmovilizados en los lugares donde vivían.

La tendencia a contar el pasado antillano a partir de la imposición del régimen colonial europeo refleja un patrón preocupante de menospreciar a los pueblos autóctonos o subestimar sus experiencias y contribuciones a la evolución histórica de

⁶ Versiones anteriores de este trabajo se presentaron en el simposio internacional, *Convergencias Culturales del Caribe*, celebrado en Bowling Green University, Ohio, EE.UU, el 22 de febrero de 2018 y en el quincuagésimo congreso de la Asociación Canadiense de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, reunido en Toronto, Canadá, el 10 de mayo de 2019.

las Américas. Esto no es sorprendente dado que el colonialismo como tal conlleva la destrucción o transformación de las culturas “primitivas” de los pobladores originarios, y de esta manera intenta justificar la presumida “superioridad” de los colonizadores y su “obligación” de civilizarlos. Como portadores de una presunta cultura redentora, los representantes del poder imperial construyen un discurso colonial que describe los habitantes del Nuevo Mundo en términos poco halagadores, excepto en lo que se refiere a su valor económico como una fuerza de trabajo potencial. “El indio, anónimo desde el mismo diario de navegación de Cristóbal Colón”, en palabras de los arqueólogos Roberto Valcárcel Rojas y Jorge Ulloa Hung, “aparece hasta aquí como un ser pasivo y secundario, sin apenas capacidad de resistencia o movido por una crueldad antinatural” (2018, p. 6). De hecho, dos siglos tras la conquista, los amerindios seguían siendo percibidos, en el mejor de los casos, como “humanos primitivos, literalmente congelados en el tiempo”, seres débiles y supersticiosos. Para los escritores europeos de la Ilustración, la mayor parte del ámbito americano y sus pobladores autóctonos de finales del siglo XV estaban en un estado natural, subdesarrollado y tecnológicamente atrasado. Incluso la élite criolla del siglo XVIII que se identificó con la nobleza indígena precolonial en su afán de construir y defender sus reinos imaginarios coincidía en su desdén de la plebe indígena (Cañizares-Esguerra, 2001, pp. 4, 8-9; 39; 50; 184-185 y 213).

Además de vilipendiar las culturas y modos de vida indígenas, los colonizadores también intentaron dividir los pobladores originarios sobre la base de su aceptación o rechazo de la ocupación europea de sus territorios. El indio que se vio obligado a aceptar a regañadientes el dominio colonial europeo fue visto como un noble salvaje. El que opuso resistencia fue etiquetado de feroz, caníbal, cruel, idólatra, belicoso, apático y perezoso (Bestard-Camps y Contreras, 1987; Ellingson, 2001). Por lo tanto, “los registros históricos creados por las llamadas empresas de ‘descubrimiento’ o colonización en América a la larga no significaron que los indígenas comenzaran a ser exactamente ‘descubiertos’, sino encubiertos” (Ulloa Hung, 2016, p. 203). Gran parte de las valorizaciones eurocéntricas del indio y su mundo finalmente será incorporada a la documentación custodiada en los archivos metropolitanos y coloniales del Caribe como fuentes primarias. Se pueden encontrar ejemplos representativos en las cartas, despachos, informes, relatos de viajes y crónicas de la conquista y colonización, a partir de las cuales se han construido innumerables relatos sesgados de las Antillas y sus pueblos nativos. Dichas narrativas han formado el grueso de la biblioteca colonial, es decir, ese cuerpo de obras publicadas “bajo la dominación cultural de los pueblos no occidentales” (Schmidt and Patterson, 1995, p. 5).

Si a los ojos del típico colonizador europeo de la época colombina temprana el entorno indiano se presentaba colectivamente como un espacio salvaje en las primeras etapas del desarrollo humano, no le habría resultado difícil inferir que estaba desconectado del resto del mundo civilizado. El archipiélago caribeño les parecería aún más separado. Desde su perspectiva eurocéntrica, los espacios insulares se vislumbrarían como carentes de historia y cerrados a las influencias externas. Hasta hoy día, de acuerdo con la especialista en la literatura ambientalista Elizabeth DeLoughrey, las islas cerca del cinturón ecuatorial inducen imágenes de “tierras asociadas con la fertilidad tropical,

antiguas colonias y puestos de avanzada imperiales que sus visitantes continentales consideran remotos, exóticos y aislados”. “Una de las formas centrales, pero no reconocidas en que el colonialismo europeo ha construido el tropo de la isla aislada”, continúa, “es desconcertando la importancia del mar y las migraciones a través de su extensión” (2007, p. 2). A este respecto, la arqueóloga Isabel Rivera-Collazo observa que “Las palabras *remota* y *aislada* como sinónimos del espacio insular son parte del proceso ideológico de la colonización [y la imposición de dichos términos]...son parte del imperativo colonial de borrar las historias migratorias y las capacidades marítimas de los isleños, justificando su dominio sobre un “mundo primitivo” (Rivera-Collazo, 2011, p. 36). Para los nativos del Caribe, el mar significaba un puente que los conectaba al continente y al resto del archipiélago antes y después de la invasión europea acaecida a finales del siglo XV.

Las migraciones que se repiten: una breve mirada a los antecedentes indígenas

En *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna* (1989), el novelista, ensayista y cuentista cubano Antonio Benítez Rojo cuestiona la noción eurocéntrica de unas islas hermetizadas y ajenas a lo que pasaba a su alrededor. El escritor proyecta el Caribe como un mar cultural sin fronteras que abarca una región entrelazada independientemente de las diferencias lingüísticas, políticas, raciales y étnicas engendradas por la colonización europea. Su obra acentúa la fluidez acuática del archipiélago, y la preponderancia de un paisaje marino abierto a la migración transoceánica (DeLoughrey, 2001, p. 41). Otros autores coinciden, desafiando aún más la idea de que las islas son, por definición, espacios incomunicados por el sólo hecho de estar rodeadas de agua y ubicadas, en algunos casos, a una cierta distancia marítima una de la otra o del continente más cercano. Un trabajo publicado hace apenas unos años sostiene que la supuesta división acuosa no ha impedido el desarrollo de una amplia diversidad lingüística en la región, una característica que precede a la llegada de los europeos:

[el] arco de las Antillas...siempre ha sido una encrucijada de culturas y lenguas. Ya antes de la llegada de los europeos, se mezclaban y chocaban múltiples influencias en el archipiélago, gracias a la llegada de oleadas migratorias lingüística y culturalmente diversas del continente sudamericano. A partir de 1492, La Española, primer centro del Imperio colonial español, se convierte en un temprano laboratorio de los contactos y conflictos lingüísticos que habrán de marcar el área caribeña durante siglos. Las tres lenguas indígenas que, según las crónicas, se hablaban en la isla, desaparecen en pocos años, pero no sin dejar huellas en el naciente español antillano (Barzen, Geiger y Jansen, 2015, pp. vii).

Como sugiere el arqueólogo Carlo A. Cubero en el caso de Culebra, una isla-municipio localizada en la costa oriental de Puerto Rico, la insularidad y la movilidad interisleña no son elementos mutuamente excluyentes, sino que operan simultáneamente. La insularidad es una cualidad territorial sobre la cual incide la movilidad, definida como las “redes de personas, ideas y bienes que atraviesan una variedad de espacios nacionales,

regionales y globales y que informan los contornos de las identidades de la isla” (2011, p. 5). En un trabajo posterior, el autor emplea el término “transinsularidades” para captar la complementariedad resultante (2017). Como veremos en breve, como regla general los tipos de interacciones que conectan la Culebra actual con el mundo exterior también tuvieron lugar en el pasado, aunque a una escala y magnitud diferente.

La centralidad de la migración y la circulación en el desarrollo histórico del Gran Caribe es un hecho ampliamente demostrado, especialmente en la literatura antropológica y arqueológica (Watters, 1998; Curet, 2005; Hofman, Bright and Rodríguez-Ramos, 2010; Fitzpatrick and Ross, 2010; Fitzpatrick, 2013; Giovas and Fitzpatrick, 2014; Hofman et al, 2014). Al mismo tiempo, se trata de una temática en evolución, cuyo alcance, impacto e implicaciones siguen siendo objeto de nuevas investigaciones y apasionados debates (Rodríguez Ramos, 2019, p. 8). Un gran cuerpo de trabajo académico sobre determinadas áreas de la experiencia migratoria precolonial ha examinado tales cuestiones como la magnitud de los movimientos, los factores incitadores y disuasivos de la migración, los puntos de salida, el tipo de tecnología náutica que hizo posible los viajes marítimos, las rutas seguidas por los migrantes y el impacto que los recién llegados tuvieron en las sociedades receptoras (Campos Lacasa, 1977, p. 17; Callaghan, 2001; Rodríguez Ramos, 2002; Ulloa Hung, 2005, pp. 50-52; Curet, 2005; Reid, 2009; Curet, 2011b; Fitzpatrick, 2013; Giovas and Fitzpatrick, 2014, pp. 12-13). Aunque se sigue escrutando muchos de estos temas, se ha alcanzado consenso sobre el hecho que “en varias ocasiones en el pasado [precolonial], la gente venía a las islas, interactuaba con los que ya estaban allí, y la población resultante era diferente de cualquiera de los grupos antes de la interacción” (Siegel, 2005, p. 354).

Históricamente, se ha prestado mucha más atención a los habitantes originarios que dominaban las Antillas Mayores a la llegada de los españoles que a los que se habían asentado en la región hace 5.000 o 6.000 años. Hasta hace relativamente poco, se entendía generalmente que los arcaicos, como se ha tradicionalmente designado a los antiguos habitantes del Caribe pre-taíno, no tenían conocimiento de la agricultura o la cerámica. Además, se le había dado menos atención a los “otros” indios que habitaban las islas, tales como los guanahabeyes, ciboneyes, ciguayos y macoriges (Curet, 2011a, pp. 55-56). Sin embargo, una investigación sistemática del pasado precolonial de Puerto Rico realizada por el arqueólogo Reniel Rodríguez Ramos demuestra que los pre-aruacos elaboraron, modificaron y utilizaron una variedad de artefactos e introdujeron varios cultivos y animales de orígenes continentales. Toda esa actividad no pudo haber sido posible a no ser por los vínculos sociales, religiosos, comerciales que éstos establecieron con las costas caribeñas de América Central y del Sur. El trabajo de Rodríguez Ramos desmiente el discurso eurocéntrico/etnocéntrico que les concede un papel insignificante en la formación de las sociedades indígenas del Caribe insular durante su larga y compleja evolución. Antes bien, los pre-aruacos fueron los responsables de “las primeras transformaciones intencionales del paisaje de Puerto Rico” (pp. 4, 50, 71-75; cita de la pág. 75), y muy posiblemente de las demás islas cercanas.

Una de las oleadas migratorias posteriores que partió de la costa comprendida en el actual país de Venezuela hace aproximadamente 2,500 años pertenecía a la serie

saladoide del complejo cultural aruaco⁷. La confección de dispositivos cerámicos con ciertas decoraciones definitorias ha sido identificada como una de sus particularidades culturales más distintivas. Se tiene más o menos por sentado que esos antepasados habían pasado a las islas más cercanas del litoral continental, saltando de una a otra progresivamente en dirección noroccidental hasta poblar gran parte del arco antillano. Aunque esa interpretación todavía sigue vigente, investigaciones arqueológicas recientes postulan la posibilidad de una trayectoria alternativa que involucra viajes marítimos de larga distancia entre la costa sudamericana y las Antillas Mayores (Callaghan, 2001; Rodríguez Ramos, 2019, pp. 4-5). La datación radiocarbónica de yacimientos arqueológicos y las simulaciones de viajes realizados a base de modelos computarizados que toman en consideración las zonas de embarque, las corrientes marinas y las condiciones atmosféricas sugieren que la isla de Puerto Rico fue uno de los primeros destinos de los migrantes ceramistas, y desde la cual eventualmente diseminaron aspectos importantes de su cultura a Haití, Cuba, Jamaica y las Bahamas (Giovas and Fitzpatrick, 2014, pp. 4-7).

La inmigración, difusión o la fusión de elementos heterogéneos convirtieron a Borinquen “en un importante centro experimental”, donde se ensayaron modificaciones estilísticas en la fabricación de objetos alfareros que posteriormente se esparcieron a las islas circundantes, incluso La Española prehispánica (Veloz Maggiolo, 2013, p. 223; Giovas and Fitzpatrick, 2014, p. 6). El descubrimiento en suelo dominicano de artefactos cerámicos con rasgos parecidos a los elaborados por los barrancoides del Orinoco venezolano, pero pertenecientes a otra cultura de la misma zona, sugiere la posibilidad de que los barrancoides y saladoides no fueron los únicos que arribaron a las Antillas Mayores de la antedicha costa suramericana (Veloz Maggiolo, 2013, p. 222). En todo caso, la dispersión agroalfarera debió haberse construido sobre la base de contactos interisleños previos, dado que las conexiones más antiguas entre Borinquen y Haití (antiguo nombre de La Española) datan de las primeras etapas de la colonización indígena de las Antillas, cuando la densidad poblacional de ambos territorios era relativamente baja, lo que creó la necesidad de adquirir cónyuges y recursos económicos a través de canales transcaribeños. La actividad recíproca se hizo menos necesaria a medida que las poblaciones crecían y las comunidades se establecían y se aclimataban (Keegan and Hofman 2017, p. 86). Los cambios demográficos en una u otra de las dos islas debido a la migración de nuevos grupos habrían regenerado los contactos. Este parece haber sido el caso tras la llegada de los aruacos, incluyendo la serie ostionioide, precursora de los taínos, cuyos estilos cerámicos dejaron una huella importante en el occidente de Puerto Rico y más tarde en la actual República Dominicana (Veloz Maggiolo, 2013, p. 223).

Rosario Natal sostiene que Borinquen fue el primer centro importante de asentamiento ocupado por la colectividad aruaca, que posteriormente extendió su influencia al resto de las Antillas Mayores, utilizando la isla de Mona, el Canal del mismo nombre y la diminuta isla Saona como puentes [hasta establecerse en] el litoral este [del actual país de la] República Dominicana” (1990, p. 20). El autor agrega que Mona

⁷ Como en el caso anterior, el término aruaco (también arahuaco y arawaco) se usa con mayor frecuencia para referirse a los ancestros venezolanos (saladoides y otros) de los taínos. Véase la discusión de Basil E. Reid sobre este tema (2009, págs. 49-57).

debió haber funcionado como una “estación de tránsito, descanso y aprovisionamiento”, así también como punto estratégico, de transacciones comerciales y de intercambios culturales (1990, p. 20). Con el tiempo, se transformó en un lugar de encuentro entre los cacicazgos de las dos Antillas Mayores (Cooper, Samson, Nieves and Lace, 2016, p. 1057). La isla Saona, situada en el extremo sureste de la República Dominicana, pasó a ser un eslabón importante de comunicaciones interislañas (Samson y Cooper, 2015, p. 25). Allí las culturas arcaica y aruaca habrían negociado, readaptado, criollizado o hibridizado las creencias religiosas, prácticas ceramistas, técnicas agrícolas y otros elementos culturales, sociales, económicos y políticos que luego se identificarán con la cultura taína (Samson y Cooper, 2015, p. 25; Ulloa Hung, 2005, pp. 52-55; Alegría, 1974, p. 31). El historiador y arqueólogo dominicano Veloz Maggiolo asocia la sociedad taína con la manifestación cultural chicoide (de Boca Chica, en la costa sureste de la actual República Dominicana), desde donde se extendió a Mona y parte de Puerto Rico, “en una especie de retorno a los orígenes previos” (2013, p. 228).

Su homólogo puertorriqueño, Ricardo E. Alegría, ha esbozado los rasgos comunes más sobresalientes entre los habitantes indígenas de las dos Antillas, tales como sus lazos culturales, familiares y afectivos y sus intentos de organizar un frente unido contra los invasores europeos. Según el reconocido humanista, “Tanto éstos como aquéllos pertenecían al grupo aruaco que en la literatura arqueológica se denomina *taíno*, y cuya área de máximo desarrollo cultural comprendió la totalidad de Puerto Rico y la mitad oriental de la Isla Española, que hoy coincide con la mayor parte de la República Dominicana” (1974, p. 31). Haciéndose eco de las observaciones de Fernández de Oviedo sobre las semejanzas entre las poblaciones indígenas de Haití/La Española y Borinquen/San Juan, sostiene que tenían un idioma común, prácticas culturales y religiosas parecidas, nexos familiares y sostenían una estrecha comunicación interinsular. Sus habilidades marineras altamente desarrolladas no les habrían planteado mayores dificultades para viajar entre ambos territorios e incluso más lejos, ya que “El dominio de las corrientes marina fue obvio, y la navegación interislaña fue la mayor que se recuerde en la prehistoria del área” (Veloz Maggiolo, 2013, p. 236).

Alegría identifica a Andrés Agüeybaná, cacique del Higüey, poblado ubicado en la parte suroriental de Haití, como uno de los parientes cercanos de Agüeybaná I y II, dos de los caciques principales de Borinquen (1974, pp. 31-33)⁸. Francisco Agüeybaná, cacique de la isla Saona, también estaba entroncado con los dos jefes taínos borinicanos (Oliver, 2009, pp. 202-203). Además, ambos territorios estaban “políticamente muy organizados y altamente poblados” (Sued Badillo, 2001, pp. 31-35). La colonización española de las dos islas explotará esos vínculos transcaribeños con otros intereses y resultados. El choque-encuentro del “descubrimiento” del Nuevo Mundo desencadenó una serie de acontecimientos trascendentales que culminaron en la colonización europea de la región y la casi extinción de sus habitantes nativos. El conflicto resultante, que abordamos en la siguiente sección, enfrentó a los intrusos medievales españoles contra la población indígena en una lucha asimétrica que comenzó en Haití/La Española y se extendió hasta Borinquen.

⁸ Según Sued Badillo (2008, p. 32), el segundo de los dos era su hermano menor, que también era conocido como “el grande” y posteriormente, “el bravo”.

De cacicazgos indígenas a posesiones españolas: Las colonias antillanas que se repiten

Los grandes cambios que tuvieron lugar en la península ibérica a fines del siglo XV, que cerró con la caída del Emirato de Granada durante La Reconquista, repercutieron mucho más allá de la región andaluza. La campaña militar prolongada dirigida por los cruzados cristianos empeñados en librar al territorio del último estado musulmán en Europa occidental intensificó los prejuicios religiosos contra el islam y el judaísmo. La consolidación de la zona bajo el control monárquico católico también sentó las bases para el surgimiento de España como una potencia europea en ciernes, un proceso que se construyó sobre la unificación de los reinos de Castilla y Aragón. Aquel fue “el período de la historia cuando los imperios europeos comenzaron a expandirse a tierras lejanas por medio de la navegación, patrocinada por el capitalismo mercantilista...[en otras palabras], la acumulación de riqueza basada en la adquisición de metales preciosos controlados por los comerciantes de las metrópolis” (Robiou Lamarche, 2019, p. 36). Casi al mismo tiempo, Castilla reclamó el control efectivo de las Islas Canarias (que comprende las islas de El Hierro, La Palma, Tenerife, Gran Canaria, Lanzarote, La Gomera y Fuerteventura) localizadas cerca de la costa de Marruecos, país del África occidental. A pesar de las ventajas de la tecnología militar europea, los españoles libraron una larga y prolongada lucha para someter las islas, durante la cual esclavizaron a la población nativa guanche. La ocupación castellana de las Islas Canarias, codiciadas por Portugal y Francia, estableció la nueva frontera atlántica de la monarquía española, que también esperaba acceder a las ricas minas de oro controladas por los lusitanos en el continente africano (Fernández-Armesto, 2011, pp. 277-280).

La Reconquista tuvo dos consecuencias interrelacionadas que están estrechamente ligadas al tema de este ensayo. Si bien terminó con la expulsión o conversión forzosa de los musulmanes, también proyectó las pugnas a base de las diferencias en torno a las creencias, costumbres y símbolos sagrados fuera de la península. Según Fernández-Armesto, al final de la contienda los reyes católicos se enfrentaron no solo a los desafíos planteados por la reciente victoria en Granada, sino también a su repercusión al otro lado del canal de Gibraltar, futuro emplazamiento de la nueva frontera territorial entre la cristiandad y el islam en África. En ese contexto, la expansión militar y económica española en Canarias formó parte de la nueva línea divisoria entre credos de la España medieval, ahora en un escenario que involucró a los conquistadores contra los guanches paganos (pp. 12 y 57). Como tal, marcó la pauta y el escenario de los acontecimientos que se desarrollaron posteriormente en el arco antillano:

La conquista de Canarias, contemporánea de la conquista de Granada y de los primeros viajes de Cristóbal Colón, prolongó viejos modelos y anticipó las prácticas de conquista y migración forzada que iban a implantar los castellanos en las Antillas, donde produjeron la ruptura del ecosistema aborigen entre 1492 y 1525-1530, con especial incidencia después del descubrimiento del oro hacia 1500. Así, se extendieron las modalidades de conquista y ocupación de una orilla a otra del Atlántico (Rodrigues, 2017, p. 74)

Ajenos a dichos sucesos, los habitantes del Caribe obviamente no podían anticipar ni prepararse para la crisis devastadora que les sobrevendría poco después. A la vista de la reina Isabel y los poderosos mercaderes que financiaron la empresa transatlántica, el Caribe debió haberse presentado como una magnífica oportunidad de traer nuevos conversos al redil de la Iglesia Católica Romana y de adquirir valiosos recursos materiales. Al igual que en Canarias, esta nueva fase del expansionismo europeo ultramarino también estableció la esclavitud como la institución a través de la cual los habitantes nativos, ahora etiquetados como indios, serían controlados y obligados a trabajar para los colonizadores españoles (Sued Badillo, 1991). Poco después de arribar al Caribe insular, éstos procedieron a “pacificar” es decir, a conquistar y colonizar las Antillas Mayores, comenzando como la recién renombrada isla de La Española, futura sede y punto neurálgico del primer virreinato americano (Cassá, González de Peña y Rodríguez Morel, 2006). Allí el almirante Colón intentó forjar una alianza con el cacique Guacanagarí, pero esto fue sólo una artimaña para ganar tiempo y crear una serie de bases militares estratégicamente ubicadas en toda la isla. En 1494, dirigió personalmente una campaña militar que consistía en 400 soldados de caballería en la región de Cibao “como una demostración de poder”. Los fuertes establecidos durante esta y otras incursiones lanzadas poco después fueron diseñados para controlar a los indios y ejercer el dominio de las zonas ocupadas (Hofman, et al, 2018, p. 203).

Aparentemente, la mayoría de los primeros conquistadores españoles pertenecía al pueblo llano, a la masa de gente común y corriente (Moya Pons, 2010, p. 20). Dado que ninguno de los tripulantes de la Pinta, Niña y Santa María pertenecía a la clase aristocrática y solo unos pocos de ese estrato social llegaron a principios del siglo XVI, se ha sugerido que el “descubrimiento”, conquista y colonización de América [al menos con respecto al Caribe] fue principalmente obra “de minorías que iban abriendo el camino para la acción de las mayorías” (Díaz Soler, 1994, p. 85). No obstante, cada una de las capas sociales españolas representadas en el choque-encuentro tomaron parte en la construcción social y física del paisaje colonial emergente en La Española que señaló el comienzo de la modernidad europea en el Nuevo Mundo (Carrasquillo, 2019; véase también la obra de Fernández-Armesto, 2011).

Cabe recordar que la expedición transatlántica colombina fue una empresa económica de la que los banqueros, inversores y agentes comerciales esperaban obtener una ganancia financiera, que incluirían una parte proporcional de la riqueza mineral y agrícola, pero también de la tierra y encomiendas (Rodríguez Morel, 2012, pp. 221-236). Los repartimientos no necesariamente incluían tierras, sino más bien acceso indirecto a la mano de obra nativa (Godreau y Giusti, 1993, pp. 439-440). En todo caso, la insaciable sed de auto-engrandecimiento de los encomenderos, más que sus responsabilidades de velar por el bienestar espiritual de los nativos guiaron las acciones de la gran mayoría de ellos. Los que se casaban con nativas pertenecientes a los núcleos cacicales procurarían reclamar cualquier herencia debida a ellas – especialmente la tierra – y de esta manera obtendrían otras posibles fuentes de riqueza (Alegría, 2009, vol. 1, p. 108).

Una vez que los conquistadores subyugaron a los habitantes originarios, procedieron a exigirles un tributo pagadero en oro. A primera vista, dicha obligación

debería haber dado a los españoles acceso al oro que ansiaban desesperadamente, pero la codicia los cegó. Su necesidad de asegurar el control absoluto de los recursos humanos y naturales de la isla requería un enfoque más enérgico. En su segundo viaje al Nuevo Mundo, Colón elevó un “Memorial” a las altezas en el que propuso, en efecto, un comercio de indios esclavos que le fue denegado (Brau, 1981, pp. 45-46). La decisión de no esclavizar a los indios a través de un sistema similar a la trata de esclavos africanos que ya estaba operando en Europa no impidió que los conquistadores impusieran regímenes de trabajo forzoso que esencialmente logró implantar en una forma mal disfrazada la servidumbre que Colón había sugerido (Cassá, 2001, t. 1, pp. 30-54). El almirante emprendió la distribución de los indios entre los conquistadores para compensarles por los salarios atrasados, para satisfacer la urgente necesidad de mano de obra en un momento en que no había animales de tiro disponibles para hacer el trabajo pesado y para apaciguar a una facción de los soldados y marineros que se habían amotinado en su contra (Moya Pons, 2010, p. 20). Los agraciados, esperanzados en convertirse en señores feudales, debían remunerar y proteger los indios contra ciertos abusos. Tales medidas fueron desechadas rápidamente una vez que los encomenderos empezaron a poner las ganancias por encima de sus obligaciones legales con los indios, que pasaron a ser poco más que una masa de trabajadores serviles. Cuando quedaron incapacitados o murieron, fueron reemplazados por indios y africanos esclavizados (Guitar, 1990). La imposición del trabajo compulsorio indiscriminado establecido firmemente a comienzos de la colonización fijó la norma a seguir de ahí en adelante, a saber: la creación de “una estructura social jerarquizada, en la cual la servidumbre india era la base económica y social de la nueva colonia” (Moya Pons, 1973, p. 26).

Sin su conocimiento o consentimiento, a partir de 1492 el terruño archipelágico de la población nativa se convirtió en la nueva frontera ultramarina de una monarquía europea decidida a convertir a España en una potencia global. Como resultado, el patrón de contactos interisleños fuertemente arraigados entre Haití y Borinquen sufrió una transformación radical. En la era precolonial, como ya se ha señalado, los nativos migraron o circularon entre ambas ínsulas según sus necesidades, que pudieron haber sido comerciales, culturales y religiosas (Oliver, 2009). En lo sucesivo, lo harán de manera involuntaria, como indios cimarrones, encomendados o esclavizados. Además, se vieron obligados a trabajar junto a varios miles de indios adicionales que fueron transportados contra su voluntad a La Española de las otras islas y las costas de Centro y Sur América. Desde la óptica imperial, el flujo de indios cautivos, así como de africanos esclavizados poco después, se justificó como medidas preventivas necesarias para evitar la despoblación de la isla, lo que pudo haber puesto en peligro el nuevo proyecto colonial (Gutiérrez Escudero, 2010, p. 57).

El imperativo imperial de generar ingresos de las islas recién conquistadas para las arcas reales no excusó a nadie, incluidos los colonos ibéricos de La Española y Puerto Rico. Al principio de la colonización española, a éstos se les prohibió salir de las islas. Varios tipos de sanciones, desde el castigo corporal a la pena capital, aguardaban a quienes violaban las prohibiciones (Brau, 1972, pp. 117-118). Su presencia física en ambas islas era necesaria no sólo para poblar los territorios, sino también para reforzar

la dominación europea de la población india, una estrategia que los británicos replicaron más tarde en las colonias azucareras del Caribe cuando adoptaron las “leyes de deficiencia” en un intento de mantener a raya a los africanos esclavizados⁹. Sin embargo, muchos de los colonos españoles lograron escapar, seducidos por las perspectivas de encontrar pastos más verdes en otras partes de las Américas, especialmente los enclaves mineros en México y la región andina.

Las consecuencias para los habitantes nativos, sobre cuyas espaldas descansaba la mayor parte de las necesidades laborales coloniales, resultaron desastrosas. Abrumados por el exceso de trabajo servil, debilitados por las enfermedades europeas contra las que carecían de inmunidad y amenazados por un enemigo bien armado, los indios afrontaban a lo que parecían ser obstáculos insuperables. En los enfrentamientos desiguales, las macanas, hachas de piedra y flechas de los defensores indígenas no pudieron superar los cascos, corazas, escudos, caballos, lanzas, espadas, arcabuces y ballestas, todo un armamento formidable al que podían recurrir los guerreros medievales. En tales circunstancias, los resultados favorecieron la experiencia militar y las armas mortíferas de los conquistadores, aunque les fueron menos eficaces contra las tácticas guerrilleras utilizadas por los combatientes de la libertad. La introducción de nuevas plantas comerciales, como el jengibre y el azúcar, privó a los indios de su dieta básica, agravando sus deficiencias nutricionales. Muchos de los animales traídos de Europa transportaban patógenos mortales e infringían en el medioambiente local. Éstos y otros factores de peso contribuyeron al debilitamiento de la base ecológica de supervivencia indígena, precipitando aún más la caída demográfica (Moya Pons, 1973, pp. 65-66).

Sin embargo, la opresión de los pueblos nativos, como señala Rosario Natal, representa sólo una cara de la moneda. Su reverso es la determinación de los oprimidos de preservar todo lo que valoraban, un tema que los relatos tradicionales han subestimado a favor de destacar las hazañas de los colonizadores y el advenimiento de la civilización occidental (Natal, 1990, p. 21). La resistencia indígena data del momento en que los conquistadores se aventuraron en el interior de las islas donde, como se desprende de la declaración que el testigo ocular Fray Bartolomé de las Casas presentó al emperador Felipe II en 1542, comenzó el pillaje de las comunidades indígenas, y la tortura, mutilaciones y matanzas generalizadas de sus hombres, mujeres y niños (Casas, 1821, pp. 13-23).

La lucha anticolonial adoptó varias modalidades asociadas a las “formas cotidianas de resistencia”, que van desde el comportamiento dilatorio, la ocultación, la evasión, el cumplimiento a medias, simular la ignorancia, la destrucción de la maquinaria y los plantíos, hasta los enfrentamientos violentos individuales y colectivos (Bauer and Bauer, 1942; Scott, 1985, pp. 28-30). Un sinnúmero de nativos y nativas huyó a los lugares de difícil acceso en el interior de las islas; rehusó trabajar, prestar ayuda a los invasores y cultivar la tierra para privarles de alimentos; abortó embarazos; se suicidó individual o colectivamente o cometió infanticidio; o continuó buscando otras formas de quitarse los intrusos de encima (Moya Pons, 1973, pp. 11-14; Cassá, 2001, p. 33). Otros tantos se replegaron a Cuba, las Bahamas, Jamaica y Borinquen. Uno de los casos

⁹ Las “leyes de deficiencia” eran estatutos legales que obligaban a los hacendados azucareros a retener un número fijo de colonos blancos en las plantaciones para ayudar a hacer cumplir el control blanco de la población esclava (ver a Goveia and Bartlett, 1970).

más infames del cimarronaje marítimo involucró al cacique Hatuey, quien huyó de La Española al oriente de Cuba, donde intentó organizar un movimiento de autodefensa. Las fuerzas capitaneadas por Diego Velázquez lograron capturarlo, tras lo cual fue quemado vivo (Casas, 1821, pp. 34-36). A mediados del siglo XVI el misionero francés Charles de Rochefort sostuvo que algunos de los habitantes indígenas de las Antillas Mayores huyeron en dirección sur hacia Tierra Firme en respuesta a las masacres cometidas por los conquistadores españoles. Identifica a un grupo que se trasladó posteriormente a Curazao como nativos de la Isla de Vaca, hoy día conocida con el nombre de Île-a-Vache, territorio de Haití (1666, pp. 206-207).

En su relato de finales del siglo XVIII, *Idea del valor de la Isla Española*, el presbítero Antonio Sánchez Valverde presenta un discurso apologético de lo que no fue otra cosa que la explotación desmesurada de la mano de obra indígena, los recursos medio-ambientales y la aventajada posición geoestratégica de su tierra natal. Enaltece la labor de “nuestros primeros pobladores” que rápidamente explotaron las inmensas riquezas de La Española, como lo demuestra que pudieron financiar las expediciones que pasaron a colonizar las islas de Puerto Rico, Cuba, Jamaica, Margarita y Trinidad, así como a emprender el descubrimiento de muchas otras áreas de la América continental. Los colonos lo lograron, prosigue, “después de alojados soberbiamente y establecidos numerosos hatos de ganados, considerables molinos e ingenios de azúcar, crecidas sementeras de frutos y comestibles, gruesas labranzas de bija y jengibre, [y] después de haber cultivado las plantaciones del palo del Brasil y del cacao.” Como una prueba mas del asombroso éxito de aquellos colonos emprendedores, el autor señala “las ricas y cuantiosas muestras de oro” que Colón trajo a España en su segundo viaje. En 1531, continúa, el presidente de la Audiencia de Santo Domingo envió “10 mil pesos de oro y 50 celemines de perlas por razón de su quinto al emperador” (Valverde, 1947, pp. 99-100)

Cuando la escasez de la mano de obra indígena comenzó a afectar negativamente la producción colonial del codiciado oro, los encomenderos recurrieron a las cazas de indios a través del Gran Caribe y franjas litorales de Centro y Sur América. Algunos de los apresados en Puerto Rico probablemente eran nativos escapados de La Española, que seguramente estarían entre los primeros “cimarrones marítimos” en llegar a Borinquen, lo que estableció un patrón posteriormente empleado por una infinidad de africanos fugitivos que huían de las islas donde habían estado cautivos en busca de asilo en Puerto Rico (Chinaea, 1997). Rosario Natal da en el clavo al observar que la naturaleza “espontánea y esencialmente pacífica” de los contactos interisleños que había prevalecido en la era precolonial iba llegando a su fin, dando inicio a la historia de las emigraciones por “razones políticas” (Natal, 1990, p. 21). Las cacerías de esclavos indígenas indujeron a los borincanos a cruzar el Canal de la Mona para hostigar a los españoles, rescatar a sus aliados y apoyar la creciente resistencia armada (Brau, 1981, p. 96). En esa coyuntura, cuando la extracción aurífera alcanzaba un tono febril y la oposición aborigen a la dominación colonial seguía en aumento, Ponce de León partió a la cabeza de una expedición dirigida a San Juan, como los españoles se refirieron a Borinquen en ese momento. En poco tiempo, dará inicio a la hiperexplotación de los recursos naturales de la isla, tal como había ocurrido en La Española.

No era la primera vez que Ponce de León había estado en Borinquen. El conquistador se había detenido brevemente en uno de sus puertos en 1493 (Brau, 1981, p. 96). Para esta nueva incursión, recurrió a las habilidades geográficas y náuticas de los canoeros indígenas, así como de los contactos que éstos tenían con el liderazgo borinqueño. Su predecesor, Martín Alonso Pinzón, utilizó la misma táctica cuando exploró la isla anteriormente (Rosario Natal, 1990, p. 21). Los guías, y algunos caciques que los acompañaron, presumiblemente aún no se habían percatado del peligro inminente que la invasión auguraba en aquella coyuntura (Sued Badillo, 2008, pp. 27-28). De lo contrario, no se hubieran ofrecido a conducirlos. Ponce de León esperaba contener o eliminar la amenaza que los taínos a la otra orilla del Pasaje de la Mona representaban a los intereses imperiales ibéricos en la Indias. Sabía “que los indios de su comarca [El Higüey] entretenían diaria comunicación con los indios de la isla Borinquen o San Juan de Puerto Rico, que sólo distaba doce leguas...” (Del Monte y Tejada, 1890, t.1, pp. 84-85; Abbad y Lasierra, 2002, pp. 67-68). Por el otro lado, deseaba verificar si poseía abundantes depósitos de oro y otros recursos valiosos.

Una vez en suelo borincano, Ponce de León fingió granjearse la confianza del cacique Agüeybaná I (alias, “el viejo”), tal como lo había hecho Colón en sus tratos con el cacique Guacanagarí. Se imponía la urgencia de que el máximo líder indígena le proporcionara los alimentos y el apoyo logístico necesarios para sostener a los colonos españoles que le seguirían más tarde. Al líder indígena, que seguramente estaba al tanto de lo que acaecía en La Española, le tocó la difícil tarea de lidiar con el aguerrido capitán. Consciente de las atrocidades que los conquistadores europeos estaban cometiendo en La Española, Agüeybaná buscó llegar a algún tipo de acuerdo con el intruso para evitar que Borinquen corriera la misma suerte. Actuando de acuerdo con el viejo adagio de mantener a los amigos cerca y a los enemigos más cerca, decidió entrar en el pacto ceremonial del *guaitiao* con el conquistador español, mediante el cual intercambiaron nombres y lazos de amistad. Lo pudo haber visto como una medida práctica para tratar con el visitante sospechoso. A pesar de que Ponce León acordó aceptar lo concertado, no tenía intenciones reales de honrar el compromiso. Tenía una agenda diferente a cuenta de su reputación como un “‘pacificador’ de indios, terrateniente, esclavista, buscador de oro y fundador de poblados...[que estaba insatisfecho] con el rendimiento agrícola de su heredad [en La Española], la cual no era tampoco muy productiva en la minería del oro”. Por lo tanto, “Con el proyecto puertorriqueño buscaba más gloria, tierra, y, sobre todo, oro...[venía] para conquistar, colonizar y explotar, para la corona y sus propias arcas, el oro del que tanto había oído hablar” (Rosario Natal, 2012, n.p.).

En su papel de principal promotor de la conquista y colonización de Borinquen, Ponce de León esencialmente repitió el plan de acción que había ensayado en La Española. Poco después de su llegada, hizo un reconocimiento de la isla, procedió a identificar un puerto adecuado para la futura exportación a España de la riqueza minera isleña, y se estableció en un paraje cerca de la actual capital de San Juan al que nombró Caparra. La Española le sirvió como base de suministro y plataforma para la nueva fase imperial, ya que proporcionaba a las expediciones españolas que salían al resto del Caribe y zonas continentales “armas blancas y de fuego, municiones y armaduras, arneses y cuerdas,

ropa y calzado, caballos y perros, así como tocino, carne salada y casabe para sostener las huestes conquistadoras [que al entrar en la fase de colonización]...requerían, además, reses, ovejas, cerdos, cabras y gallinas, así como semillas e instrumentos de labranza para desarrollar los nuevos poblamientos” (Moya Pons, 2017, pp. 80-81). El comendador Nicolás de Ovando lo autorizó a “adoptar las medidas conducentes a poblar en aquellos lugares” (Del Monte y Tejada, 1890, t.1, p. 85.). Llevó a Agüeybaná I a La Española, presuntamente para mostrarle los cambios que los españoles habían introducidos allí, lo que seguramente le permitió al cacique tener una idea más completa del estado de cosas en la vecina isla (Fernández Oviedo, p. 20). Hizo conducir desde Santo Domingo indios encomendados y esclavizados, artesanos, empresarios y mercaderes para apoyar el proyecto expansionista (Rosario Natal, 1990, pp. 20-25). Se especula que trajo consigo los primeros cautivos africanos en ser llevados a Puerto Rico (Díaz Soler, 2000, p. 28). Incluso el temido perro de ataque, Becerrillo, fue traído de La Española para aterrorizar los indios borincanos y disuadir cualquier actividad de oposición potencial (Brau, 1981, pp. 234-235).

Por su parte, la Corona española prestó todo su apoyo a la nueva empresa colonizadora, canalizando recursos humanos y materiales adicionales desde la península ibérica y La Española hacia Puerto Rico (“Extracto de varias cédulas y cartas del Rey”, en Tapia y Rivera, pp. 234-248). En 1512, el rey Fernando II decretó que “todos los indios que eran llevados de una isla a otra podían ser considerados como esclavos y quedaban en propiedad absoluta de sus dueños” (Moya Pons, 1973, p. 137). Poco después, la Corona autorizó la creación de una casa de fundición en Puerto Rico para evitar los peligros que generalmente ocurrían durante el transporte del oro a La Española (“Extracto de varias cédulas”, p. 242) que posteriormente se enviaría a la metrópolis. Al compás de los crecientes vínculos coloniales que se iban forjando entre las dos islas durante el ciclo minero, siguió arribando gente desde La Española en busca de mejores oportunidades, entre ellos tratantes, cobradores, factores, regatones y vendedores con sus criados y mozos lo mismo negros que blancos, indios naborías y esclavos (Rosario Natal, 1990, p. 22; Sued Badillo, 2001, p. 48). La corriente migratoria pasaba de la Villa del Higüey hasta llegar al Río Yuma que desemboca en el Mar Caribe, por donde seguía a la costa occidental de Puerto Rico. Dicha ruta, que llegó a conocerse como el “viejo camino” o “el camino a Puerto Rico”, también facilitaba los contactos en la otra dirección (Rosario Natal, 1990, p. 22).

Dado el papel activo que desempeñó Ponce de León en la campaña de conquista y colonización de Borinquen, resulta tentador poner sobre sus hombros la mayor parte de la responsabilidad por los excesos cometidos por los conquistadores españoles. No obstante, Sued Badillo advierte que la historiografía tradicional ha subestimado el papel desempeñado por Cristóbal de Sotomayor (2001, p. 69). El primero concentró sus esfuerzos en la franja norte de la isla, y el segundo en la parte sur. Ambos conquistadores trajeron pobladores y trabajadores de La Española e impusieron los infames repartimientos y encomiendas sobre la población nativa, ostensiblemente para promover su cristianización y “civilización”. En cambio, obligaron a los indios a rendir tributo, servicio o trabajo personal a sus “señores” europeos. Es posible considerar a

éstos últimos como sus “amos”, ya que en la práctica los indios bajo su control quedaban privados de su plena libertad, creencias religiosas, modos de vida comunales y otros aspectos de sus culturas tradicionales (Brau, 1981, p. 137). Además, esclavizaron a los que capturaban en las islas que no habían sido conquistadas, entre los cuales seguramente figuraban aliados y familiares de los indios de Puerto Rico y La Española. Los colonos de La Española solían servirse de los indios de Puerto Rico, lo que llevó a las autoridades metropolitanas a prohibir la práctica a mediados de 1510 para tratar de preservar la menguante mano de obra indígena en la más pequeña de las dos Antillas (Brau, 1981, p. 133). Los esfuerzos lascasianos realizados para paliar los peores abusos cometidos contra los habitantes nativos, que incluyeron las Leyes de Burgos (1512-13), las Leyes Nuevas (1542) y los intentos de crear comunidades “experimentales” para probar la capacidad o voluntad de los nativos de vivir “libremente” bajo supervisión española, fracasaron (Alegoría, 1990a; Altman, 2020).

Al igual que en La Española, el yugo tiránico de la servidumbre desató un fuerte movimiento de resistencia en Borinquen, que brotó precisamente en el cacicato del clan Agüeybaná, donde los agentes de Sotomayor imponían su autoridad contra la oposición de la dirigencia indígena de aquella zona (Sued Badillo, 2001, p. 58). Tras una serie de reuniones secretas entre los caciques principales al mando de Agüeybaná “el bravo”, se acordó el ahogamiento intencional de un español para determinar su mortalidad antes del inicio de las hostilidades. Una vez que comprobaron que los intrusos podían perecer, los indios emprendieron ataques concertados que resultaron en la muerte de casi la mitad de los españoles hallados en Puerto Rico (Oliver, 2009, p. 211). Otros se dieron a la fuga al interior de la isla y las islas adyacentes. En respuesta, las autoridades coloniales dieron órdenes de desbaratar sus canoas para contener el éxodo y movilizaron embarcaciones armadas para bloquear la salida a los indios que partían al exterior y traerlos de vuelta a Puerto Rico por la fuerza (Brau, 1981, p.162 y 169; Sued Badillo, 2001, p. 41). Como en La Española, el cimarronaje terrestre y marítimo proporciona una explicación parcial de la rápida desaparición de la población nativa (Sánchez Valverde, 1947, p. 106; De la Bona, 1861, pp. 17-20 y 34; Rosario Natal, 1990, p. 21; Anderson-Córdova, 2017, pp. 123-126 y 155). Es posible que la autorización otorgada a Ponce de León para llevar indios de Cuba, La Española y Puerto Rico en sus expediciones navales también haya contribuido al bajón (Brau, 1981, p. 251).

Los conquistadores españoles justificaron las acciones bélicas contra los fugitivos indígenas y sus aliados barloventeños por motivos defensivos, a saber, la necesidad inmediata de impedir que atacaran los asentamientos europeos. Pero también proyectaron capturar y esclavizar a tantos como fuera posible para reponer la merma de la fuerza laboral indígena en las Antillas Mayores (Brau, 1981, p. 162). La captura de esclavos, una actividad en la que Ponce de León había participado durante su ola de terror en La Española, fue un negocio altamente rentable. Tanto es así que se convirtió en otra fuente de acumulación temprana de capital generado a través de las inversiones en la construcción naval, el personal de navegación, y el suministro de provisiones, armamento y equipamiento para las expediciones esclavistas. Según la investigadora Jennifer Wolff, “En el caso de La Española y San Juan [Puerto Rico], el entrecruce de oficiales reales y poderosos mercaderes y

encomenderos de ambas islas con capitanes españoles de la carrera trasatlántica y capitales genoveses fue común” (2013-2014, p. 244). Incluso los colonos españoles que se vieron obligados a abandonar la minería hallaron posibilidades económicas más prometedoras en la producción de alimentos, alentados por la creciente demanda engendrada por las armadas dedicadas al rescate y la caza de esclavos (Sued Badillo, 2001, p. 49).

La entrada de cautivos indígenas a Puerto Rico, junto a las cargas impuestas al resto de la población nativa mediante las imposiciones tributarias, agravó aun más las condiciones que habían desatado la insurgencia taína. Como parte de sus preparativos para hacer la guerra a los “alzados”, Ponce de León recibió apoyo de La Española (Abbad y Lasiera, 2002, p. 105). Durante la violenta embestida subsiguiente, los conquistadores realizaron cabalgadas y entradas contra sus comunidades, donde saquearon, atacaron, persiguieron y capturaron a nativos a quienes posteriormente esclavizaron (Anderson-Córdova, 2017, pp. 47-48). Como había sido el caso en La Española, “los colonizadores... se convirtieron en ‘agentes provocadores’ con el propósito de hacer esclavos entre la población arahuaca de la isla mediante la ‘guerra justa’” (Wolff, 2013-2014, p. 220). En este contexto, cualquier injuria o pérdida de vida infligida a los no combatientes, como los niños, mujeres y ancianos, se consideraba un daño colateral (Tovar Pinzón, 2013, pp. 51-52). El número de indios esclavizados en Puerto Rico de esta manera entre 1510 y 1513 se ha estimado en alrededor de 1,244 (Wolff, 2013-2014, pp. 225; 237-250). Esta faceta de la “pacificación” de Borinquen favoreció a los españoles que no habían recibido indios repartidos, especialmente los soldados rasos que a partir de ese momento acariciaban la fantástica expectativa de unirse al puñado de aristócratas autoformados de la naciente sociedad colonial como propietarios de esclavos (Sued Badillo, 2001, p. 277; Oliver, 2009, p. 195; Wolff, 2013-2014, pp. 249-250). Dado que todas las incursiones no fueron documentadas, es posible que el volumen de lo que podría llamarse la trata interna de esclavos indios fuera aún mayor. Éstos “parecen haber constituido un segmento tan o más importante en términos numéricos que los importados a través de las armadas esclavistas” (Wolff, 2013-2014, p. 236).

En esos y otros encuentros violentos, los borinqueños se mostraron decididos a defender lo suyo, lanzando acciones armadas coordinadas por mar y tierra contra las fuerzas contrarias. Recurrieron a sus contactos transcaribeños en sus intentos desesperados por expulsar a los seres extraños que amenazaban con despojarlos de su libertad y de todo lo que los conectaba con su tierra nativa. Según explica Salvador Brau, “las inteligencias...partían de las encomiendas a los grupos insurreccionados en la sierra y de éstos a las islas comarcanas, conociéndose así en el exterior los actos y hasta los proyectos de los colonos [europeos]” (1981, p. 235). Poco después del alzamiento se corrió la voz en La Española que el cacique del Higüey, Andrés Agüeybaná, había congregado a sus homólogos en la provincia para celebrar la victoria de su pariente en Puerto Rico, instándoles a que hicieran lo mismo con los españoles en sus territorios. Se hizo un llamamiento a la rebelión y se acordó una fecha en la que llevarían a cabo un ataque biológico a través de un incendio de plantas nocivas cuyos vapores envenenarían a los españoles en Salvaleón y Santo Domingo. Las víctimas previstas se enteraron del plan antes de que pudiera consumarse (Oliver, 2009, p. 214; Alegría, 1979). Durante el

conflicto bélico en que se vio sumido Puerto Rico, los borincanos recibieron ayuda de los guerreros caribes, lo que tiende a contradecir las crónicas de la conquista que describen a éstos últimos monolíticamente como los enemigos acérrimos de los taínos.

A pesar de la resuelta resistencia ofrecida por el frente unido borincano, los españoles pudieron retener el control nominal del territorio ocupado, pero a costa de casi dos décadas de lucha esporádica¹⁰. Los principales rebeldes indígenas capturados fueron deportados a La Española para servir de esclavos en las labores mineras. Esa decisión fue luego revocada y los indígenas esclavizados fueron retenidos en Puerto Rico, pero no por consideraciones humanitarias, sino por la creciente necesidad de mano de obra servil en el floreciente sector minero de la pequeña Antilla (Rosario Natal, 1990, p. 22; Sued Badillo, 2001, p. 65). El armamento más avanzado de sus adversarios, el efecto acumulativo del trabajo obligatorio, las enfermedades y la falta de una alimentación adecuada causaron estragos en la población nativa. El conflicto, que el antropólogo José R. Oliver ha llamado “La Rebelión de los Caciques”, llegó a su fin cuando una devastadora epidemia de viruela “se propagó como el fuego en La Española y Puerto Rico... [y] quebró cualquier resistencia armada que los rebeldes nativos pudieran tener” (2009, p. 212). De acuerdo con los Padres de la Orden de San Jerónimo, la enfermedad cobró la vida de casi una tercera parte de la población indígena de La Española antes de que se transmitiera a Borinquen (citado en Brau, 1981, pp. 315-316), donde también tuvo un efecto desastroso.

En respuesta al continuo declive de la fuerza de trabajo indígena, los españoles incrementaron las expediciones punitivas y esclavistas a lo largo y ancho del Caribe. Como resultado, miles de indios tildados de “salvajes”, “ociosos” e “idólatras” provenientes de las regiones supuestamente “estériles” del archipiélago y zonas costeras contiguas fueron transferidos de forma involuntaria a las Antillas Mayores, para ser “civilizados” en las minas, estancias ganaderas, haciendas y pesquerías de perlas (Zavala, 1948, pp. 95-148; Brau, 1981, pp. 337-338). Ni siquiera los indios que habían sido reunidos en misiones por los frailes dominicos u otras órdenes religiosas europeas estaban exentos de ser capturados y esclavizados (Stone, 2017). En palabras del historiador Roberto Cassá, “La Española, Puerto Rico y Cuba, se transformaron en el infierno de los indios de los litorales del Mar Caribe” (1974, p. 213). Se estima que al menos 34.000 fueron introducidos por la fuerza a Puerto Rico y La Española durante la primera mitad del siglo XVI (Anderson-Córdova, 2017, p. 154). Otro cálculo pone el número traído a La Española de esta forma entre 1508 y 1513 en 40.000 (Moya Pons, 1998, p. 20). Otras investigaciones han respaldado o cuestionado dichas cifras, ya sea subiéndolas o bajándolas sobre la base de su propia evaluación de la evidencia consultada (Mira Caballos, 1997; Blackburn, 1998, p. 133, citado en Yaremko, 2010, p. 169; Wolff, 2013-2014; Woodruff Stone, 2014). Independientemente de las discrepancias numéricas, en general los especialistas de este tema coinciden en que la trata de esclavos indios tuvo

10 En la mayor parte del Caribe hispano, hasta el siglo XVIII la dominación colonial española fue generalmente efectiva en las principales comunidades urbanas, y menos en el interior boscoso, donde indios y africanos fugitivos y sus descendientes forjaron el cimarronaje cultural dentro del marco que generalmente se conoce como un mundo de contraplantación. Al respecto, véase los trabajos de Quintero Rivera, 1987 y 1990; y de Casimir, 2020.

una importancia económica y social considerable en la fase temprana de la colonización española de la zona circuncaribeña.

En los relatos históricos tradicionales del Caribe hispano, el impacto destructivo de la conquista española suele representarse como el punto de partida de la “desaparición” o extinción de los pueblos autóctonos del Caribe (Valcárcel Rojas y Ulloa Hung, 2018, p. 7). Dichas narrativas frecuentemente citan la casi ausencia de indios en los censos oficiales desde mediados del siglo XVI como evidencia de que se habían desvanecido. En ocasiones, su presencia documentada en ciertas áreas de las Antillas Mayores se atribuye a la importación de indios de otros puntos de las Américas o a su identificación errónea. Sánchez Valverde parece combinar ambas explicaciones en el siguiente pasaje sobre la población dominicana del “lugarejo de Boyá”, donde el cacique rebelde Enriquillo y sus seguidores se asentaron después de dar término a las hostilidades: “De estos pobladores no quedó rastro alguno, ni habría tampoco vestigios del lugar si no fuera por la devota imagen de Nuestra Señora con título de *Aguas Santas*, [a donde fueron conducidos], después de la extinción de los indígenas, algunos otros [¿indios?] pobres que han venido de la tierra-firme con diferentes motivos, que también se han acabado, dejando sólo unos veinte y cinco o treinta *mestizos* que gozan los fueros y privilegios de *indios*” (p. 150).

Por su parte, Moreau de Saint-Méry, cuya obra sobre Santo Domingo fue publicada una década después de la de Sánchez Valverde, no desmiente la existencia de unos pocos indios o individuos con algún grado de sangre indígena en Quisqueya a finales del siglo XVIII, pero advierte una tendencia entre un pequeño grupo de criollos a reclamar una identidad india que considera exagerada. Afirma que “Lo único que puede concedérseles es que sea cierta dicha descendencia, después de una mezcla con la raza española, y respecto a esto, se puede asegurar que en 1744, se veían todavía en Bánica algunos indios que probaban que habían tenido por padres, súbditos del muy desventurado cacique Enrique (Enriquillo), y ya se verá en el artículo en que hablaré de Boyá, que en aquel lugar se encuentran todavía algunos individuos del mismo género (1947, p. 95; véase, además, pp. 172-173). Aparte de las valoraciones de ambos letrados, subsiste la impresión de que los habitantes nativos de las islas simplemente se esfumaron de la noche a la mañana.

Como se subrayó anteriormente, no cabe duda de que el fuerte descenso de la población indígena que se produjo durante la primera mitad del siglo XVI fue devastadoramente real. Sin embargo, también es cierto que los colonos preocupados por el suministro de una mano de obra adecuada para sus empresas extractivas y agrícolas exageraban el descenso por varias razones. Algunos lo hacían para forzar la eliminación, reducción o aplazamiento de determinadas exacciones que habían contraído o para reforzar sus peticiones a favor de la importación de trabajadores africanos esclavizados, a los que consideraban más “robustos” y/o más capacitados que los indios para soportar las arduas faenas laborales del Caribe. Otros ocultaban el número real de indios que habían importado o esclavizado de forma ilegal. En algunas instancias, reclasificaban a los amerindios como “mestizos”, o subregistraban la cantidad de ellos bajo su control con el fin de evadir cualquier compromiso que pudieran haber estado legalmente obligados a observar con respecto al trato de los trabajadores indígenas, especialmente los asignados a las encomiendas (Chinaea, 2014, p. 60). La especialista en arqueología, Kathleen

Deagan, señala que “como fuente de identidad nacional, la historia de la aniquilación de los taínos después del contacto ha sido considerablemente menos atractiva tanto para los historiadores como para los arqueólogos de la región que el estudio de los cacicazgos taínos anteriores a 1492” (2004, p. 602). Uno de sus estudios empíricos sobre la experiencia taína postcolombina en la región de En Basaline demuestra que los indígenas conservaron importantes prácticas sociales y comunitarias tradicionales durante al menos los primeros 30 años bajo el dominio colonial español (pp. 621-622). Otra investigación centrada en el norte de La Española muestra que a pesar de las presiones que el colonialismo español ejerció sobre los nativos, un sinnúmero de sus prácticas sociales, culturales y económicas ayudaron a dar forma a la sociedad dominicana de hoy día (Hofman et al., 2018).

Durante los cinco siglos transcurridos desde la colonización española de las Antillas Mayores, otros grupos raciales y étnicos socialmente definidos han contribuido a su diversidad cultural, algunos más que otros dependiendo de muchos factores, como pueden ser el número de migrantes, fecha (s) de llegada, lugares de destino, su estado social, etc. La diversidad cultural resultante hace que sea más difícil, pero ciertamente no imposible, plantear la supervivencia hasta hoy día de isleños que puedan remontar sus raíces étnicas a los pobladores indígenas (Curet, 2015, examina este tema para el caso de Puerto Rico). Karen Anderson-Córdova sugiere que en comparación con Cuba y La Española, Puerto Rico tenía una población africana mucho más baja durante el siglo XVI y esto podría haber permitido la continuidad de al menos una cierta fracción de los habitantes precolombinos (2018, pp. 218-219). Asimismo, la escasa inmigración legal europea conocida en La Española/Santo Domingo y Puerto Rico hasta principios del siglo XVIII también habría favorecido la posible persistencia de ciertos rasgos físicos o culturales indígenas, seguramente modificados por los procesos dinámicos de la criollización, el mestizaje y/o la etnogénesis. Se han documentado casos paradigmáticos, y aún hasta fechas posteriores al siglo XVIII, en algunas localidades de las Antillas Mayores (Ulloa Hung y Valcárcel Rojas, 2016, Anderson-Córdova, 2017, y Valcárcel Rojas y Ulloa Hung, 2018)¹¹. Por ejemplo, los padrones de población de Puerto Rico de principios del siglo XIX registran la presencia de unos 2,000 indios en la villa de San Germán, que según Brau descendían de los pobladores nativos (1917, pp. 199-200). Ni el censo de O’Reilly, ni el citado en la *Historia* de Abbad y Lasierra incluyen la categoría de indio, que comenzó a utilizarse en 1777 hasta ser eliminada en 1804 (Curtis and Scarano, 2011). A menos que los indios reportados en 1777 fueran recién llegados o identificados de forma incorrecta por los empadronadores, su presencia en esa comunidad específica antes de esa fecha no debe descartarse a no ser que datos o investigaciones adicionales, de las que carecemos en este momento, demuestren lo contrario.

Para terminar, Ulloa Hung sugiere que las investigaciones futuras sobre el legado indígena dominicano que ha sido ocultado por el colonialismo deberían ir más allá de aquellos enfoques centrados principalmente en la búsqueda de rasgos indígenas específicos:

¹¹ Sobre el tema de la herencia indígena en la cultura dominicana, ver los siguientes trabajos: Serna Moreno, 2010; Guitar, Ferbel-Azacarate y Estevez, 2006; y Lister, 2019.

Es imprescindible que desde la Arqueología en conjunción con la Antropología y la Historia se investigue en hábitos, en los objetos, en la acción simple y cotidiana del ser humano común, es necesario superar la tendencia a la enumeración de los supuestos rasgos que rememoran una herencia o un origen indígena, para entrar en el análisis de cómo equilibrios y desequilibrios económicos, circuitos de intercambio, cultural y étnico, transformaron la vida biológica y social. Conviene escudriñar como ciertos comportamientos y objetos fueron introducidos desde otros grupos sociales o desde otros confines del mundo, y fueron integrados al gusto, a los gestos repetidos de consumo cultural, lo cual se transformó en *innovación*, en *agencia*, pero también en *habitus*. Las definiciones antropológicas y arqueológicas de las supuestas reminiscencias o presencias indígenas no deben ser asumidas como algo pre-establecido, solo pueden señalarse con posterioridad al estudio de la vida cotidiana en el pasado y en la actualidad, aspecto que es vital en el descubrimiento y comprensión de los encubiertos (2016, p. 235; cursivas en el texto original).

A modo de conclusión

La oportuna iniciativa interuniversitaria de Rosario Natal y De los Santos mencionada al comienzo de este ensayo fue un gran paso adelante en rastrear los lineamientos generales de los lazos históricos entre La Española/Santo Domingo y Puerto Rico. Fruto del trabajo realizado hace 40 años son los hallazgos divulgados por el primero de los dos investigadores, que en su conjunto revelan la profundidad y extensión de los vínculos migratorios identificados en la literatura publicada que pudo consultar en sus días. Desde entonces (1990-1995), los Estudios del Caribe han crecido significativamente, especialmente en tales disciplinas como la literatura, la historia, la economía, la antropología y la arqueología. En particular, un creciente cuerpo de investigaciones arqueológicas y antropológicas innovadoras relacionadas con el Caribe precolonial ofrecen nuevos acercamientos y puntos de vista sobre los habitantes indígenas de las Antillas Mayores que hasta hace poco no habían sido ampliamente utilizados en los otros campos académicos. Gracias a dichas pesquisas, se ha enriquecido el conocimiento sobre sus orígenes multiculturales extrainsulares, patrones migratorios y de asentamiento, habilidades náuticas, artísticas, agrícolas, organizativas, militares, adaptivas y mucho más. Como resultado, ciertos conceptos erróneos que se han tenido de los habitantes precoloniales de Haití/La Española y Borinquen en las narrativas eurocéntricas están siendo desafiados, desacreditados o desechados. Además, se ha dado mayor atención a la unidad cultural, social, económica y política de los habitantes originarios de las dos Antillas desde tiempos inmemoriales, lo cual era un componente integral de la sociedad indígena precolonial que el expansionismo europeo del siglo XV trastocó gravemente.

Con la intención deliberada de aprovechar los primeros hallazgos producidos por Rosario Natal y su equipo de investigación, hemos sondeado publicaciones multidisciplinarias complementarias que arrojan luz adicional no sólo sobre los vínculos migratorios entre ambos territorios, sino también sobre los que surgen a raíz de la imposición del régimen colonial español después de 1492. Gran parte de la información histórica sobre el período postcolombino que reunimos se halla dispersa en las crónicas

escritas por los europeos de la Conquista y el período colonial temprano, las narrativas creadas durante los siglos XVII y XVIII y las obras generales publicadas desde el siglo XIX. La información que entresacamos de estas fuentes secundarias revela que durante la conquista y colonización española de ambos territorios, la euforia producida por las expectativas de adquirir valiosas riquezas minerales y productos tropicales parecía primar sobre todo lo demás. La hiperexplotación de los recursos naturales y humanos de La Española y Puerto Rico hizo difícil, si no imposible en muchos casos, que la Corona ejerciera un control efectivo sobre la embrionaria sociedad colonial, lo que creó condiciones que permitieron a los conquistadores sin escrúpulos cometer innumerables abusos sin que enfrentaran las consecuencias de sus acciones.

Ya sea con conocimiento de causa o no, éstos utilizaron un enfoque de dividir y vencer para reducir los indígenas caribeños, siguiendo una estrategia probada previamente en las Islas Canarias para subyugar a los guanches. Unos y otros fueron sometidos a sistemas de explotación laboral que evolucionaron vertiginosamente del vasallaje al trabajo forzado. Por ende, como cabeza de playa del expansionismo europeo en el Atlántico Sur, la expedición colombina marcó la pauta para el papel que desempeñará la esclavitud en esta parte del mundo, un proceso que comenzó en las Antillas Mayores (Sued Badillo, 1991; Deive, 2018). Como los guanches, los indios de La Española y Puerto Rico no eran presa fácil, y por lo tanto no dieron su brazo a torcer. Por el contrario, hicieron todo lo posible para frustrar la invasión europea, utilizando tácticas no violentas y agresivas cuando las condiciones lo permitían. Y, en relación con el tema central que nos ocupa, se apoyaron mutuamente tanto como pudieron al rescatar a sus compañeros, ofrecer refugio a los que escapaban, acosar a los colonos españoles y montar ataques concertados contra los intrusos. Toda esta actividad desafiaba la frontera política que el colonialismo español intentó erigir entre ambos territorios.

A pesar de que apenas hemos esbozado de manera general el tema en cuestión, confiamos que esta mirada panorámica dé una idea de la gran diversidad y amplitud de las interacciones entre La Española/Santo Domingo y Puerto Rico. Este trasfondo preparó el terreno para el desarrollo futuro de una amplia gama de interacciones interinsulares, agenciadas a través de los contactos, los intercambios, la circulación, la migración y las confluencias culturales entre los dos países caribeños.

REFERENCIAS

- ABBAD Y LASIERRA, Fray Ínigo. **Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico**. [1788]. Edición anotada por José Julián ACOSTA Y CALVO. Estudio introductorio por Gervasio L. GARCÍA. Madrid: Ediciones Doce Calles/San Juan: Historiador Oficial de Puerto Rico, 2002. La copia original de 1869 esta disponible en el siguiente portal en línea: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/historia-geografica-civil-y-natural-de-la-isla-de-san-juan-bautista-de-puerto-rico--por-inigo-abbad-y-lasierra/>
- ACOSTA, Úrsula. Notas sobre la inmigración germánica a Puerto Rico a principios del siglo XIX, **Revista de Historia** 1 (1), 1985, pp. 139-145.
- ALEGRÍA, Ricardo E. Las relaciones entre los taínos de Puerto Rico y los de La Española, **Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña**, 17 (63), 1974, pp. 31-33.
- _____. El uso de gases nocivos como arma bélica por los indios taínos y caribes de las Antillas, **Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña**, 22 (82), 1979, pp. 31-55.
- _____. Apuntes sobre la 'experiencia' que se hizo en la Hacienda del Rey en la rive-
ra del Toa para determinar si los indios taínos de Puerto Rico podrían vivir libremente, **Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe**, 10, 1990a, pp. 114-132.
- _____. Cuando puertorriqueños negros arriesgaban la vida para buscar la libertad en Santo Domingo, **Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña**, 2^a serie, 4 (7), 2003, pp. 40-43.
- _____. ed., **Documentos históricos de Puerto Rico, 1493-1599**. 5 vols. San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 2009.
- ALTMAN, Ida. Failed Experiments: Negotiating Freedom in early Puerto Rico and Cuba, **Colonial Latin American Review**, 29 (1), 2020, pp. 4-23.
- ANDERSON-CÓRDOVA, Karen F. The Aftermath of Conquest: The Indians of Puerto Rico during the Early Sixteenth Century. En: SIEGEL, Peter E., ed., **Ancient Borinquen: Archaeology and Ethnohistory of Native Puerto Rico**. Tuscaloosa, AL: The University of Alabama Press, 2005, pp. 337-352.
- _____. **Surviving Spanish Conquest: Indian Fight, Flight, and Cultural Transformation in Hispaniola and Puerto Rico**. Tuscaloosa, AL: The University of Alabama Press, 2017.
- _____. Sobrevivencia indígena en el Puerto Rico colonial: una reevaluación de su legado. En: VALCÁRCEL ROJAS, Roberto y ULLOA HUNG, Jorge, eds., **De la desaparición a la permanencia: indígenas e indios en la reinención del Caribe**. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2018, pp. 201-226.
- ARANA SOTO, Salvador. **Historia de nuestras calamidades**. San Juan: 1968.
- BALCÁCER, Juan D. **Acerca del nombre de nuestro país**. Santo Domingo: Ediciones Pedagógicas Dominicanas, 1980.
- BARALT, Guillermo A. **Esclavos rebeldes: conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795-1873)**. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981.
- BARZEN, Jessica S., GEIGER, Hanna L. y JANSEN, Silke, eds. **La Española - Isla de Encuentros/Hispaniola - Island of Encounters**. Tübingen: Narr Verla, 2015.
- BASSI, Ernesto. **An Aqueous Territory: Sailor Geographies and New Granada's Transimperial Greater Caribbean World**. Durham and London: Duke University Press, 2016.
- BAUER, Raymond A. and BAUER, Alice H., Day to Day Resistance to Slavery, **Journal of Negro History**, 27, 1942, pp. 388-419.

BENÍTEZ ROJO, Antonio. **La isla que se repite**: el Caribe y la perspectiva posmoderna. Hanover, N.H., EE. UU.: Ediciones del Norte, 1989.

BERGAD, Laird W. ¿Dos alas del mismo pájaro? Notas sobre la historia socioeconómica comparativa de Cuba y Puerto Rico, **Historia y Sociedad**, I, 1988, pp.143-153.

BESTARD-CAMPS, Joan y CONTRERAS, Jesús. **Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos**: una introducción a la antropología. Barcelona: Barcanova, 1987.

BLACKBURN, Robin. **The Making of New World Slavery**: From the Baroque to the Modern, 1492-1800. London: Verso, 1998.

BRAU, Salvador. **Historia de Puerto Rico**. [1904]. Nueva York: D. Appleton y Compañía, 1917.

_____. **Puerto Rico y su historia**. [1892]. Introducción por el Dr. Eugenio FERNÁNDEZ MÉNDEZ. San Juan: Editorial IV Centenario, 1972.

_____. **La colonización de Puerto Rico** [1907]. 5ª. edición anotada por Isabel GUTIÉRREZ DEL ARROYO. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1981.

CALLAGHAN, Richard T. Ceramic Age Seafaring and Interaction Potential in the Antilles: A Computer Simulation, **Current Anthropology**, 42 (2), 2001, pp. 308-313.

CAMUÑAS MADERA, Ricardo R. Relaciones entre Santo Domingo y Puerto Rico: una perspectiva histórica. En: BREA, Ramonita, ESPINAL, Rosario y VALERIO-HOLGUÍN, Fernando, eds., **La República Dominicana en el umbral del siglo XXI**: cultura y cambio social. Santo Domingo: Pontificia Universidad Madre y Maestra, 1999, pp. 525-543.

CAMPOS LACASA, Cristina. **Historia de la iglesia en Puerto Rico**. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977.

CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge. **How to Write the History of the New World**: Historiographies, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World. Stanford: Stanford University Press, 2001.

CARO DE DELGADO, Aida R. El duque de Crillon o la frustración de un régimen agrario feudalista en Puerto Rico, siglo 18, **Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña**, 6 (18), 1963, pp. 61-64.

CARRASQUILLO, Rosa E. La creación del primer paisaje colonial español en las Américas, Santo Domingo, 1492-1548, **Antípoda**: Revista de Antropología y Arqueología, 36, 2019, pp. 61-84.

CASAS, Fray Bartolomé de las. **Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales** [1542]. Filadelfia, J.F. Hurstel, 1821.

CASIMIR, Jean. On the Origins of the Counter-Plantation System. In: DUBOIS, Laurent, GLOVER, Kaiama L., MÈNARD, Nadève, POLYNÉ, Millery, and VERNA, Chantalle F., eds. **The Haiti Reader**: History, Culture, Politics. Durham and London: Duke University Press, 2030, pp. 61-66.

CASSÁ, Roberto. **Los taínos de La Española**. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1974.

_____. **Historia social y económica de la República Dominicana**. T. 1. Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 2001.

CASSÁ, Roberto, GONZÁLEZ DE PEÑA, Raimundo y RODRÍGUEZ MOREL, Genaro. El primer virreinato americano, **Anuario de Estudios Americanos**, 63 (2), 2006, pp. 13-26.

CHINEA, Jorge L. A Quest for Freedom: The Immigration of Maritime Maroons into Puerto Rico, 1656-1800, **Journal of Caribbean History**, 31 (1-2), 1997, pp. 51-87.

_____. **Raza y trabajo en el Caribe Hispánico**: Los inmigrantes de las Indias Occi-

dentales en Puerto Rico durante el ciclo agro-exportador, 1800-1850. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos/ Oficina del Historiador Oficial de Puerto Rico/Wayne State University/Asociación Cultural La Otra Andalucía, 2014. Disponible en línea: <https://www.academia.edu>).

CIFRE DE LOUBRIEL, Estela. Los inmigrantes del siglo XIX: su contribución a la formación del pueblo puertorriqueño, **Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña**, 3 (7), 1960, pp. 32-36.

_____. **Catálogo de extranjeros residentes en Puerto Rico en el siglo XIX**. Río Piedras: Editorial Universitaria, 1962.

COOPER, Jago, SAMSON, Alice V. M., NIEVES, Miguel L., and LACE, Michael J., The Mona Chronicle: The Archaeology of Early Religious Encounter in the New World, **Antiquity**, 90 (352), 2016, pp. 1054-1071.

CUBERO, Carlo A. Caribbean Insular Mobilities, **Soumem Antropologi: Journal of the Finnish Anthropological Society**, 36 (1), 2011, pp. 5-25.

_____. **Caribbean Island Movements: Culebra's Transinsularities**. London: Rowman and Littlefield International Ltd., 2017.

CURET, L. Antonio. **Caribbean Paleodemography: Population, Culture History, and Sociopolitical Processes in Ancient Puerto Rico**. Tuscaloosa, AL: The University of Alabama Press, 2005.

_____. The Earliest Settlers. En: PALMIÉ, Stephan and SCARANO, Francisco A., eds. **The Caribbean: A History of the Region and its People**. Chicago and London: University of Chicago Press, 2011a, pp. 53-67.

_____. Indigenous Revival, Indigeneity, and the Jíbaro of Borikén, **Centro Journal**, 27 (1), 2015, pp. 206-247.

_____. El colonialismo y las arqueologías del Caribe hispano. En: ULLOA HUNG,

Jorge y VALCÁRCEL ROJAS, Roberto, eds. **Indígenas e indios en el Caribe: presencia, legado y estudio**. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2016, pp. 151-201.

CURET, L. Antonio and HAUSER, Mark W., eds. **Islands at the Crossroads: Migration, Seafaring, and Interaction in the Caribbean**. Tuscaloosa, AL: The University of Alabama Press, 2011b.

CURTIS, Katherine J. and SCARANO, Francisco. Puerto Rico's Population Padrones, 1779-1802, **Latin American Research Review**, 46 (2), 2011, pp. 200-213.

DE BARROS, Juanita, DIPTEE, Audra and TROTMAN, David W., eds. **Beyond Fragmentation: Perspectives on Caribbean History**. Princeton: M. Wiener Publishers, 2006.

DE LA BONA, Félix. **Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico**. Madrid: Imprenta de Manuel Galiano, 1861.

DEAGAN, Kathleen. Reconsidering Taino Social Dynamics after Spanish Conquest: Gender and Class in Culture Contact Studies, **American Antiquity**, 69 (4), 2004, pp. 596-626.

DEIVE, Carlos E. La colonización de América y el inicio del sistema moderno de esclavitud, **AULA: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales**, 2018. <https://doi.org/10.33413/aulahcs.1995.0i0.50>. Acceso en: 29 de julio de 2020.

DEL MONTE Y TEJADA, Antonio. **Historia de Santo Domingo**. 3 t. Santo Domingo: Imprenta de García Hermanos, 1890.

DELOUGHREY, Elizabeth M. Some Pitfalls of Caribbean Regionalism, Colonial Roots, and Migratory Routes, **Journal of Caribbean Literature**, 3 (1), 2001, pp. 35-55.

_____. **Routes and Roots: Navigating Caribbean and Pacific Island Literatures**. Honolulu: University of Hawai'i Press, 2007.

DÍAZ DÍAZ, Edgardo. Danza antillana, conjuntos militares, nacionalismo musical e identidad dominicana: retomando

los pasos perdidos del merengue, **Latin American Music Review**, 29 (2), 2008, pp. 229-259.

DÍAZ SOLER, Luis M. **Puerto Rico: desde sus orígenes hasta el cese de la dominación española**. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994.

_____. **Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico**. 3ª. ed. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2000.

Documentos de la migración puertorriqueña (1879-1901) = Documents of the Puerto Rican Migration: Hawaii, Cuba, Santo Domingo, Ecuador, No. 1. New York: Center for Puerto Rican Studies, 1977.

El proceso abolicionista en Puerto Rico: documentos para su estudio. Vol. 1. San Juan: Centro de Investigaciones Históricas/Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.

ELLINGSON, Ter. **The Myth of the Noble Savage**. Berkeley, Los Angeles y London: University of California Press, 2001.

Emigración dominicana 1809. En: **Colección Haydee Reichard**. Archivo Digital Nacional de Puerto Rico, <https://archivonacional.com/PL/1/1/11849>. Acceso en: 2 de abril de 2020.

Extracto de varias cartas dirigidas al soberano, de 1515 a 1555. En: TAPIA Y RIVERA, pp. 269-344.

Extracto de varias cédulas y cartas del Rey, de 1509 a 1543. En: TAPIA Y RIVERA, pp. 231-267.

FÉLIZ LAFONTAINE, Ana y CASTRO, Aquiles. **Inmigración, pensamiento y nación (1880-1930)**. Santo Domingo: Juan Francisco Domínguez Novas, 2019.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe. **1492: El nacimiento de la modernidad**. Barcelona: Debate, 2011. Formato Kindle.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. Fragmentos de la historia general y natural de las Indias. [1535]. En: TAPIA Y RIVERA,

Alejandro. **Biblioteca histórica de Puerto Rico**. Puerto Rico: Imprenta de Márquez, 1854, pp. 5-101. Disponible en línea: <https://archive.org/details/bibliotecahistor00tapi/mode/2up>. Acceso: 10 de diciembre de 2020.

FERNÁNDEZ SORIANO, Armando. La migración puertorriqueña a Cuba (1898-1919), **Del Caribe**, 2 (6), 1987, pp. 65-73.

FITZPATRICK, Scott M. Seafaring Capabilities in the Pre-Columbian Caribbean, **Journal of Maritime Archaeology**, 8 (1), 2013, pp. 101-138.

FITZPATRICK, Scott M. and ROSS, Ann H., eds. **Island Shores, Distant Pasts: Archaeological and Biological Approaches to the Pre-Columbian Settlement of the Caribbean (Bioarchaeological Interpretations of the Human Past)**. Gainesville, FL: The University Press of Florida, 2010.

FORNERÍN, Miguel A. **Puerto Rico y Santo Domingo también son**. San Juan: Editorial Isla Negra, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, y el Colegio Universitario de Cayey, 1999.

FREIRE, Joaquín. **Presencia de Puerto Rico en la historia de Cuba: una aportación al estudio de la historia antillana**. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1966.

GARCÍA CARRASCO, Félix. **La educación médica en República Dominicana: relación entre médicos dominicanos y puertorriqueños durante el siglo XX**. Santo Domingo, 2001.

GARCÍA MENÉNDEZ, Alberto. **Los jueces de apelación de La Española y su residencia (1511-1519)**. Santo Domingo: Museo de las Casas Reales, 1981.

GARCÍA MUÑIZ, Humberto. La plantación que no se repite: las historias azucareñas de la República Dominicana y Puerto Rico, 1870-1930, **Revista de Indias**, 55 (233), 2005, pp. 173-192.

_____. **Sugar and Power in the Caribbean: The South Porto Rico Sugar Com-**

pany in Puerto Rico and the Dominican Republic. Kingston (Jamaica) y Miami: Ian Randle Publishers; San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2010.

GEMBERO USTÁRROZ, María. Aportaciones a la historia musical de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico a partir de fuentes españolas (siglos XVI-XIX). **Boletín Música** de la Casa de las Américas, 10, 2002, pp. 3-33.

GIOVAS, Christina M. and FITZPATRICK, Scott M. Prehistoric Migration in the Caribbean: Past Perspectives, New Models and the Ideal Free Distribution of West Indian Colonization, **World Archaeology**, 46 (4), 2014, pp. 569-589.

GODREAU, Michel J. y GIUSTI, Juan A. Las concesiones de la Corona y propiedad de la tierra en Puerto Rico, siglos XVI-XX: un estudio jurídico, **Revista Jurídica de Puerto Rico Universidad de Puerto Rico**, 62 (4), 1993, pp. 350-579.

GOVEIA, Elsa V. and BARTLETT, Christopher J. **The West Indian Slave Laws of the 18th Century**. Barbados: Caribbean Universities Press, 1970.

GUIAR, Lynne. No More Negotiation: Slavery and the Destabilization of Colonial Hispaniola's **Encomienda** System, **Revista/Review Interamericana**, 29 (1-4), 1990, np. Consultado en línea: <http://cai.sg.inter.edu/revista-ciscla/volume29/guitar.pdf>. Acceso: 12 de noviembre de 2020.

GUIAR, Lynne, FERBEL-AZCARATE, Pedro and ESTEVEZ, Jorge. Ocama-Daca Taíno (Hear me, I am Taíno): Taíno Survival on Hispaniola, focusing on the Dominican Republic. En: FORTE, Maximilian C., ed., **Indigenous Resurgence in the Contemporary Caribbean: Amerindian Survival and Revival**. New York, NY: Peter Lang, 2006, pp. 41-67.

GUTIÉRREZ ESCUDERO, Antonio. La estructura económica de Santo Domingo, 1500-1795. En: MOYA PONS, Frank, ed. **Historia de la República Dominicana**. Madrid: Consejo Superior de Investiga-

ciones Científicas, Academia Dominicana de la Historia y Ediciones Doce Calles, 2010, pp. 57-94.

HERNÁNDEZ, Jorge y GUERRERO, Leovigildo J. **Inmigración de puertorriqueños en República Dominicana, 1890-1920**. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 2004.

HOFMAN, Corinne L., BRIGHT, Alistair J. and RODRÍGUEZ RAMOS, Reniel. Crossing the Caribbean Sea: Towards of Holistic View of Pre-Colonial Mobility and Exchange, **Journal of Caribbean Archaeology**, 3, 2010, pp. 1-18.

HOFMAN, Corinne L., MOL, Angus, HOOGLAND, Menno and VARCÁRCEL ROJAS, Roberto. Stage of Encounters: Migration, Mobility and Interaction in the Pre-Colonial Caribbean, **World Archaeology**, 46 (4), 2014, pp. 590-609.

HOFMAN, Corinne L., ULLOA HUNG, Jorge, HERRERA MALATESTA, Eduardo, SONY JEAN, Joseph, SONNEMANN, Till and HOOGLAND, Menno, Indigenous Caribbean Perspectives: Archaeologies and Legacies of the First Colonized Region in the New World, **Antiquity**, 92 (361), 2018, pp. 200-216.

KEEGAN, William F. and HOFMAN, Corinne L. **The Caribbean before Columbus**. New York: Oxford University Press, 2017.

LEÓN BORJA DE ZSÁSZDI, Dora. Los emigrados franceses y los militares en el desarrollo de las haciendas de Puerto Rico, 1797-1811. En: ALEGRÍA, Ricardo E. ed., **Primer congreso internacional de historia económica y social de la cuenca del Caribe, 1763-1898**. San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1992, pp. 209-258.

LEWIS, Gordon K. Foreword. En: PALMER, Ransford W., ed. **In Search of a Better Life: Perspectives on Migration From the Caribbean**. New York: Praeger, 1990, pp. xiii-xix.

LISTER, Elissa L. Lo indígena "dominicano": ideología y representación. En:

MUÑOZ, Laura, coord., **Narrar el Caribe: visiones históricas de la región**. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2019, pp. 436-506.

LUQUE DE SÁNCHEZ, María D. Con pasaporte francés en el Puerto Rico del siglo XIX (1778-1850), **Op. Cit.: Boletín del Centro de Investigaciones Históricas**, 3, 1987-1988, pp. 95-122.

_____. Aportaciones y apropiaciones extranjeras: los inmigrantes en la historiografía puertorriqueña, **Op. Cit.: Boletín del Centro de Investigaciones Históricas**, 4, 1988-1989, pp. 58-79.

MARAZZI, Rosa. El impacto de la inmigración a Puerto Rico de 1800 a 1830: análisis estadístico, **Revista de Ciencias Sociales**, 18 (1-2), 1974, pp. 3-42.

MIRA CABALLOS, Esteban. **El indio antillano: repartimiento, encomienda y esclavitud (1492-1542)**. Sevilla: Muñoz Moya Editor, 1997.

MORALES CARRIÓN, Arturo. **Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean: A Study in the Decline of Spanish Exclusivism**. [1952, 3rd ed.]. Río Piedras: University of Puerto Rico Press, 1974.

_____. El reflujo en Puerto Rico de la crisis dominico-haitiana, 1791-1805, **Revista Eme: Estudios Dominicanos**, 27, 1976, pp. 19-39.

MORALES, José. **The Hispaniola Diaspora, 1791-1850: Puerto Rico, Louisiana, and other Host Societies**. University of Connecticut: Ph.D. Dissertation, 1986.

MOREAU DE SAINT-MÉRY, Méderic L. **Descripción de la parte española de Santo Domingo**. [Traducción al español de la publicación original francesa de 1796]. Ciudad Trujillo: Editora Montalvo, 1944.

MOYA, Casimiro N. de. **Bosquejo histórico del descubrimiento y conquista de la isla de Santo Domingo**. 3 vols. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1976.

MOYA PONS, Frank. **La Española en el siglo XVI: 1493-1520**. Santiago: Universidad Católica Madre y Maestra, 1973.

_____. **The Dominican Republic: A National History**. Princeton: Markus Wiener Publishers, 1998.

_____. La población taína y su desaparición. En: **Historia de la República Dominicana**, 2010, pp. 19-27.

_____. **Otras miradas a la historia dominicana**. Santo Domingo: Librería La Trinitaria, 2017.

MUSTELIER AYALA, Sandra. **Ecos boricuas en el oriente cubano: la diáspora de un ala**. San Juan: Editorial Makarios, 2007.

NISTAL MORET, Benjamín. **Esclavos prófugos y cimarrones: Puerto Rico, 1770-1870**. Río Piedras: Editorial Universidad de Puerto Rico, 1984.

OLIVER, José R. **Caciques and Cemi Idols: The Web Spun by Taino Rulers between Hispaniola and Puerto Rico**. Tuscaloosa, AL: The University of Alabama Press, 2009.

OQUENDO RODRÍGUEZ, Elí D. Inmigración extranjera y cambio social en Guayama: 1815- 1840. Tesis de Maestría, Universidad de Puerto Rico, 1986.

PEDREIRA, Antonio S. **Insularismo**. [1934]. Río Piedras: Editorial Edil, 1992.

PEÑA PEREYRA DE MARTÍNEZ, Nancy. La emigración puertorriqueña hacia la República Dominicana, siglos XIX-XX. Universidad de Puerto Rico, Facultad de Educación: Tesis de Maestría, 2004.

PERÉZ MEMÉN, Fernando. Panorama histórico de las emigraciones dominicanas a Puerto Rico. En: HERNÁNDEZ CRUZ, Juan E., ed., **Los inmigrantes indocumentados en Puerto Rico: realidad y mitos**. San Germán: Universidad Interamericana de Puerto Rico, 1989, pp. 7-33.

PICÓ, Fernando. **One Frenchman, Four Revolutions: General Ferrand and the**

Peoples of the Caribbean. Princeton: Markus Wiener Publishers, 2012.

_____. Relaciones de Santo Domingo y Puerto Rico según la correspondencia del general Ferrand (1804-1808), **CLIO**, 82 (185), 2013, pp. 241-268.

PUELLO DÍAZ, Pablo A. **Bajo la sombra de los imperios:** Puerto Rico y Santo Domingo en la crisis de las revoluciones atlánticas. Lajas, P.R.: Centro de Estudios e Investigaciones del Sur Oeste de Puerto Rico: Editorial Akelarre, 2019.

QUINTERO RIVERA, Ángel G. The Rural-Urban Dichotomy in the Formation of Puerto Rico's Cultural Identity, **New West Indian Guide**, 61 (3-4), 1987, pp. 127-144.

_____. Cultura en el Caribe: La cimarronería como herencia y utopía, **Estudios Sociales Centroamericanos**, 54, 1990, pp. 85-99.

RAMOS MATTEI, Andrés. La importación de trabajadores contratados para la industria azucarera puertorriqueña: 1860-1880. En: SCARANO, Francisco, ed., **Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX.** Río Piedras: Ediciones Huracán, 1981, pp. 125-142.

_____. La emigración puertorriqueña hacia el Caribe, 1899-1901, **Historia y Sociedad**, 3, 1990, pp. 60-77.

REID, Basil A. Myth 3: Columbus Met Arawaks in the Northern Caribbean. En su obra: **Myths and Realities of Caribbean History.** Tuscaloosa, AL: The University of Alabama Press, 2009, pp. 49-57.

RIVERA-COLLAZO, Isabel C. The Ghost of Caliban: Island Archaeology, Insular Archaeologists, and the Caribbean. En: CURET and HAUSER, pp. 22-40.

ROBIOU LAMARCHE, Sebastián. Las migraciones puertorriqueñas a Santo Domingo; La aportación dominicana a Puerto Rico. En su obra: **De aquí y de allá:** antología de escritos en el tiempo y el

espacio, 1980-2016. San Juan: Editorial Punto y Coma, 2016, pp. 137-149.

_____. **La ciudad-cosmos:** Santo Domingo/San Juan, siglos XVI-XVII. San Juan: Editorial Punto y Coma, 2017.

_____. **Tainos and Caribs:** The Aboriginal Cultures of the Antilles. San Juan: Editorial Punto y Coma, 2019.

ROCHFORT, Charles de. **History of the Caribby Islands.** London: T. Dring and J. Starkey, 1666. [Traducción al inglés de la **Histoire naturelle et morale des Antilles de l'Amérique...**, obra publicada originalmente en 1568 en Rotterdam, Holanda]

RODRIGUES, José D. Das ilhas como fronteira: o caso dos Açores (séculos XV-XVII). En: TRUCHUELO, Susana y REITANO, Emir, eds. **Las fronteras en el mundo atlántico (siglos XVI-XIX).** La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Colección Hismundi, 2017, pp. 71-96.

RODRÍGUEZ DE TIÓ, Lola. **Mi libro de Cuba: poesías.** La Habana: Imprenta La Moderna, 1893.

RODRÍGUEZ, Miguel. Entradas y **cabalgadas:** 1511-1513; la segunda o "postera" guerra contra los indios tainos de Borinquen, **Boletín del Museo del Hombre Dominicano**, 35 (42), 2008, pp. 147-156.

RODRÍGUEZ MOREL, Genaro. **Orígenes de la economía de plantación en La Española.** Santo Domingo: Editora Nacional, 2012.

RODRÍGUEZ RAMOS, Reniel. What is the Caribbean: An Archaeological Perspective, **Journal of Caribbean Archaeology**, 3, 2010a, pp. 19-51.

_____. **Rethinking Puerto Rican Precolonial History.** Tuscaloosa, AL: The University of Alabama Press, 2010b.

_____. Current Perspectives in the Precolonial Archaeology of Puerto Rico, **Oxford Research Encyclopedia of La-**

tin American History. 25 de Febrero de 2019. <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199366439.013.620>. Acceso: 7 de noviembre de 2020.

RODRÍGUEZ RAMOS, Reniel y PAGÁN JIMÉNEZ, Jaime R. Sobre nuestras indigenidades boricuas. En: ULLOA HUNG y VALCÁRCEL ROJAS, pp. 97-114.

ROSARIO NATAL, Carmelo. Para la historia de las relaciones intermigratorias entre Puerto Rico y la República Dominicana: primeras etapas, **Revista Universidad de América**, II (1), 1990, pp. 20-25.

_____. Puerto Rico y la República Dominicana: emigraciones durante el periodo revolucionario: 1791-1850, **Revista Universidad de América**, 7 (1), 1995, pp. 107-114.

_____. **Éxodo puertorriqueño: las emigraciones al Caribe y Hawaii, 1900-1915**. San Juan: Editorial Edil, 2001.

_____. La fundación de Manatí: un nuevo estudio. 2012. Publicación en línea: <http://crosario-natal.blogspot.com/2012/12/historia-historiadores-libros-6.html>. Acceso: 6 de abril de 2020.

ROSARIO RIVERA, Raquel. **Los emigrantes llegados a Puerto Rico procedentes de Venezuela entre 1810-1848**. San Juan: Comisión para la Celebración del Quinto Centenario de América y Puerto Rico, 1992.

_____. **La Real Cédula de Gracias de 1815 y sus primeros efectos en Puerto Rico**. San Juan, 1995.

SAMSON, Alice VM. y COOPER, Jago. La historia de dos islas en un mar compartido: investigaciones pasadas y futuras en el Pasaje de la Mona, **Boletín del Museo del Hombre Dominicano**, 42 (46), 2015, pp. 25-47.

SAN MIGUEL, Pedro L. La importancia de llamarse República Dominicana. En: CHIARAMONTE, José C., MARICHAL, Carlos y GRANADOS, Aimer, compiladores, **Crear la nación: Los nombres de los**

países de América Latina. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2008, pp. 303-319.

SÁNCHEZ VALVERDE, Antonio. **Idea del valor de la Isla Española**. [1785]. Ciudad Trujillo: Editora Montalvo, 1947. Disponible en línea: <https://1library.co/document/6qm5e27z-idea-valor-espanola-sanchez-valverde.html>. Acceso: 12 de diciembre de 2020.

SCHMIDT, Peter R. and PATTERSON, Thomas C. From Constructing to Making Alternative Histories. En la obra bajo su edición: **Making Alternative Histories: The Practice of Archaeology in Non-Western Settings**. Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press, 1995, pp. 1-24

SCOTT, James C. **Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance**. New Haven and London: Yale University Press, 1985.

SERNA MORENO, J. Jesús. **República Dominicana: identidad y herencias etnoculturales indígenas**. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2010.

SIEGEL, Peter E., Multiple Visions of an Island's Past and Some Thoughts for Future Directions in Puerto Rican Prehistory. En: Siegel, **Ancient Borinquen**, pp. 353-363.

STONE, Erin. Slave Raiders vs. Friars: Tierra Firme, 1513-1522, **The Americas**, 74 (2), 2017, pp. 139-170.

SUED BADILLO, Jalil. Cristóbal Colón y la esclavitud de los amerindios del Caribe, **Revista de Ciencias Sociales**, 30 (12), 1991, pp. 111-138.

_____. **El dorado borincano: la economía de la conquista, 1510-1550**. San Juan: Ediciones Puerto, 2001.

_____. **Agüeybaná el bravo: la recuperación de un símbolo**. San Juan: Ediciones Puerto, 2008.

TOVAR PINZÓN, Hermes. **La estación del miedo o la desolación dispersa: el Caribe colombiano en el siglo XVI**. 2ª ed. Bogotá: Universidad de los Andes, 2013.

ULLOA HUNG, Jorge. **Una mirada al Caribe precolombino**. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2005.

_____. Colonialismo, indigenismo y arqueología en República Dominicana: silencios confusos y encubrimientos diversos. En: ULLOA HUNG y VALCÁRCEL ROJAS, pp. 203-246.

ULLOA HUNG, Jorge y VALCÁRCEL ROJAS, Roberto, eds. **Indígenas e indios en el Caribe: presencia, legado y estudio**. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2016.

VALCÁRCEL ROJAS, Roberto y ULLOA HUNG, Jorge. Introducción: La desaparición del indígena y la permanencia del indio. En la obra bajo su edición, **De la desaparición a la permanencia: indígenas e indios en la reinvencción del Caribe**. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2018, pp. 5-39.

VELOZ MAGGILOLO, Marcio. Los taínos y otras culturas neolíticas. En: CASSA, **Historia general**, pp. 219-242.

WATTERS, David R. Maritime Adaptive Strategies in the Caribbean Archipelago, **Revista de Arqueología Americana**, 15, 1998, pp. 7-31.

WOODRUFF STONE, Erin. **Indian Harvest: The Rise of the Indigenous Slave Trade and Diaspora from Española to the Circum-Caribbean, 1492-1542**. Ph.D. Dissertation, Vanderbilt University, 2014.

WOLFF, Jennifer. 'Guerra justa' y Real Hacienda: una nueva aproximación a la esclavitud indígena en la isla de San Juan y La Española, 1509-1519, **Op. Cit.**, 22, 2013-2014, pp. 215-257.

WRIGHT, Micah. ¿Hermanos latinos o extranjeros perniciosos? Los puertorriqueños en la República Dominicana bajo la ocupación militar norteamericana de 1916-1924, **CLIO**, 83 (188), 2014, pp. 105-154.

_____. Building an Occupation: Puerto Rican Laborers in the Dominican Republic, 1916-1924, **Labor: Studies in Working-Class History of the Americas**, 13 (3-4), 2016, pp. 83-103.

YAREMKO, Jason M. Colonial Wars and Indigenous Geopolitics: Aboriginal Agency, the Cuba-Florida-Mexico Nexus, and the other Diaspora, **Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies**, 35 (70), 2010, pp. 165-196.

ZAVALA, Silvio. **Estudios indios**. México: Edición del Colegio Nacional, 1948.

Artigo recebido em agosto de 2019 e aprovado em outubro de 2019.